# FINJAMOS QUE SOY FELIZ

**NOVELA**

[

**GUILLERMO SCHMIDHUBER DE LA MORA**

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario.

¿De qué sirve al ingenio
el producir muchos partos,
si a la multitud se sigue
el malogro de abortarlos?

¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

*Romance* (fragmento),
sor Juana Inés de la Cruz

El suicidio, como cualquier otro intento
de salvación, es un acto religioso.

*El ocaso del pensamiento*,
Emil Cioran

# I

"¿Terminasteis ya de corregir los exámenes?", preguntó el profesor Swanson en su artificioso castellano.

"Aún no, porque la fecha límite para entregar calificaciones será el lunes próximo", respondió Dorothy con la intención de ser áspera, pero el tono resultó atemperado por su acento mexicano.

"Habéis estado desperdiciando el tiempo con vuestras investigaciones", censuró el académico estadounidense con ampuloso ceceo, y agregó mordaz, "Lástima que en el departamento de policía no admitan mujeres, porque creo que tenéis más vocación de investigadora que de maestra".

Esa broma había sido escuchada anteriormente por la profesora y una vez más le sirvió para reforzar la convicción de que para ella la investigación era lo primero, aunque estaba claro que la universidad privilegiaba la docencia. Los colegas se habían topado en la escalera del edificio que albergaba el departamento de Lenguas Romances de la universidad de Texas, en Austin. Mientras el académico subía por los peldaños hacia la tercera planta, la maestra bajaba. El verano se aproximaba y el aire se sentía tibio. El viejo profesor estadounidense sacó un papel de su elegante por-

tafolio y lo entregó a la joven profesora con un aspaviento de salva mundos.

“Aquí tiene el programa de los otros cursos”, y con voz de fagot decretó: “El profesor Signoret enseñará a Molière, el profesor Livingstone enseñará a Dante, el profesor García Varella un curso sobre poesía española, y yo impartiré el curso introductorio a la literatura española”, y continuó con un marcado *cec*eo castellano, “Del poema del *C*id hasta *C*ervantes”, y de súbito interpeló, “¿Qué vais a enseñar?”

La profesora goteó las palabras de su respuesta para verificar el impacto, “He estado preparando un curso sobre una escritora poco conocida, pero que es magnífica: sor Juana Inés de la Cruz”. El sólo pronunciar el nombre turbó a la maestra a pesar de su intención de aparentar serenidad.

“Nunca había oído ese nombre”, precisó displicente el rollizo académico.

La maestra buscó entre sus papeles y presentó un escrito al Chairman del departamento mientras lo miraba con ojos regocijados, “Éste es el programa de mi curso”.

Con celeridad el director hojeó el programa y, sin preámbulo, se rascó con un dedo su incipiente calvicie y dictó su veredicto: “No es conveniente porque no existe mujer en la literatura moderna que merezca un curso universitario. En el mundo antiguo

solamente existió una, Safo, pero ezo no fue precisamente una mujer. Tendrá que olvidarse de ese curso, mejor enseñe poesía del ziglo de oro, y hasta podría incluir algún poema de Santa Tereza”, dijo con ceceos erróneos.

“Pero estuve preparando este curso por más de un año”, insistió Dorothy con la faz enrojecida por la ira.

“Debió consultármelo antes, ya es demasiado tarde”.

“No entiendo por qué. Las clases iniciarán hasta el final del verano”.

“Doctora Schons, la universidad de Texas es seria y por lo tanto no puede ser enseñado cualquier autor”, pontificó el doctor Swanson con la voz engolada por el éxito, y agregó con desprecio, "Y menos enseñar a una mujer”.

“Es una autora excepcional”, reiteró Dorothy.

“Pues que la estudien en su país, ¿dónde nació?”

“En México”, informó mientras iluminaba su rostro con fogosidad intelectual.

“Sí que os gustan las causas perdidas”, ironizó el doctor Swanson y continúo con su perorata, “Mira que estudiar una mujer y de un país sin literatura. Si queréis ser especialista en literatura española tenéis que dejar de leer esas bagatelas. Debéis concentra-

ros en las tres "*C*" de la literatura castellana: El *C*id, *C*ervantes y Calderón. Y no estudiéis otro país que no sea España. En Hispanoamérica se habla, pero no se escribe. Si queréis estudiar a una mujer, ¿por qué no enseñáis un curso sobre La *C*elestina? Esa sí que era toda una hembra", y con una risotada celebró el académico su agudeza, mientras sus dedos mofletudos rasgaban el programa del curso. La maestra no quiso alargar la mano para recibir los papelillos y el académico dejó que cayeran los pedazos al vacío. Movió la cabeza el decano en desaprobación y continuó su ascensión por la escalera dejando en el aire una estela de loción barata. Se dirigía al club de profesores en el único edificio de tres pisos de la universidad, el primero en ser construido de tal altura en la universidad de Texas.

Dorothy quedó petrificada a la mitad de la escalera mientras veía pasar estudiantes; unos subían, otros bajaban y todos parecían mirarla con menosprecio. A pesar de que ella apretaba contra su pecho las hojas de los exámenes y algunos libros, sus brazos fueron cedieron poco a poco y los papeles cayeron al suelo sin que la maestra hiciera algún movimiento para impedirlo. En ese instante por el descanso inferior de la escalera apareció el escuálido cuerpo del profesor García Varela, por detrás de la profesora.

"Más que fin de primavera pare*c*e otoño, con hojas caídas por todos lados", se inclinó con facilidad a recoger las hojas rasgadas.

“Yo puedo hacerlo sola”, y con esfuerzo se inclinó a recoger el estropicio.

El doctor García Varela fisgoneó las fracciones del programa, “De manera que seguís estudiando a la monja de Méjico”, dijo con auténtico acento castellano mientras ayudaba recoger un par de libros y algunas hojas.

“No, voy a dar un curso sobre *La Celestina*”, musitó Dorothy con los dientes apretados por la rabia.

“Vaya cambio, de una monja a una prostituta”, y el hombre disfrutó su agudeza con una risita que cubrió con una de sus escuálidas manos.

“Yo no me meto en lo que usted enseña”, dijo la maestra mirando con fiereza al profesor.

“Pero quiero ayudar”.

“Gracias, no necesito ayuda”.

“Vuestro permanencia como profesora pudiera peligrar, no ahora que acaba de ser contratada, pero llegará el día en que el comité académico revise vuestro caso y pudiera poner en duda la permanencia en la universidad. Siga mi consejo, cambie de campo de investigación y así logará pasar de ser profesora asistente a profesora asociada y, algún día, hasta lograr la permanencia”.

“¿Por qué voy a seguir el capricho de un grupo de hombres?”, replicó la maestra en franco ataque.

“Porque la mayoría tiene la razón”.

“La razón siempre estuvo del lado de sor Juana”.

“En la historia de las universidades del mundo moderno no existe el caso de una mujer que estudie y enseñe a otra mujer. ¡Habrá que modernizarse, usted es joven y estamos en los fabulosos veinte! El tiempo pasará volando y el comité académico votará su caso para profesora asociada y, créamelo, yo quisiera dar mi voto positivo, pero si usted se empeña, tendré que cambiar de parecer”.

“Haga lo que quiera”, replicó la profesora y adelantó un paso para proseguir escaleras abajo.

“Al doctor Swanson le va a encantar mi cambio de opinión”, dijo colérico mientras asentía varias veces con su enjuta cabecita.

La joven maestra respiró hondo, miró retante hacia arriba y escupió una por una las palabras que siguieron: “A veces creo que en el mundo académico, brilla más la estupidez que la inteligencia”.

El profesor García Varella inició su ascenso y tuvo que subir el volumen de voz para que la palabras volaran rumbo abajo en la escalera, “Le advierto que pensaba votar a su favor pero aho-

ra descubro que tiene dos deficiencias..”., paró su ascensión y vociferó mientras miraba a la profesora desde la parte alta de la escalera, “Ser mujer y para colmo… terca”.

El profesor continuó subiendo por la escalera mientras, burlesco, silbaba una tonada de moda, *The Jazz Singer*. A pesar de su enojo, la melodía le recordó a Dorothy la imagen de un actor blanco maquillado de negro en la primera película sonora. La escalera giraba al ascender. Desde arriba, el joven académico miró a Dorothy y meneó malévolamente la cabeza, ella apretujó los libros sobre su pecho como si fueran un escudo de guerra, irguió la cabeza y siguió con resolución su sendero descendente.

## II

Mientras desanudan su pasado, dos viejas se acunan en mecedoras antiguas. Los rostros no se confrontan, cada una rumia dolorosamente en soledad. Con sus batas raídas y sus enormes chales intentan quitarse el frío de sus huesos. Están en el apartamento propiedad de Dorothy Schons, en la calle Saint Gabriel de Austin, Texas. El pendular de las mecedoras mide el tiempo con movimientos semicirculares y al llegar al extremo de su balanceo, parecería que se detiene un instante para al instante columpiarse nuevamente con celeridad.

Dorothy mira su reloj de pulsera que marca veintidós minutos antes de las 5 de la tarde. *Veintidós… número mágico,* apunta su voz interior mientras su mirada percibe el número 1 del fechador y su mente completa *1º de mayo de 1961*. Por un instante la vieja profesora queda meditabunda y, de súbito, rompe el cristal del silencio.

“Si nunca tuvimos necesidad de comunicarnos, ahora ¿ya para qué?”

Al no recibir respuesta de Emily, mira a su hermana por primera vez de frente.

“Yo siempre me comuniqué con facilidad”, arguye Emily mientras que su mecedora queda suspendida en el extremo del movimiento.

“Hasta ahora me entero”, ironiza Dorothy mientras queda con la mecedora suspensa.

“Yo nunca te recriminé nada”, y la hermana deja ir la mecedora hasta llegar al extremo de su cunar.

“¿Ves qué bien te comunicas conmigo? Cuando afirmas que nunca me recriminaste nada, implicas que yo sí”, y deja que su mecedora balancee con libertad.

“Bueno, tú siempre fuiste la diferente”, con un pie decidido reanuda la hermana el movimiento de su mecedora.

“Para ti todo fue más fácil… ¡Bueno, al menos no tan difícil como para mí!” Después de un silencio ataca con la palabra, “¡Tú nunca apreciaste mi lucha!”

“Tampoco te critiqué”, responde Emily con dulzura, mientras su mecedora queda instantáneamente inmóvil.

“Me dejaste en libertad para cometer todas mis locuras”.

“Es cierto que yo, en tu lugar, hubiera hecho otras cosa”, y deja circular su mecedora.

“¡Claro, te dedicaste a tener hijos!”, Dorothy que había subido el tono de voz, se detiene y sigue susurrante, “Pero ya ves, acabaste viniéndote a vivir conmigo a este mugroso apartamento que más parece biblioteca de escuela secundaria que una casa de familia… Ni tus hijos ni mis libros, nos dieron dinero… ni menos la paz”. Los ojos de la hermana mayor se iluminan con un relámpago, pero guarda silencio; al momento cambia estratégicamente el tema y suspira mientras finge recordar, “Cuando éramos niñas dormíamos en la misma cama...”

Por unos instantes ninguna habla, sólo se mecen. “Es cierto, pero ya lo había olvidado… Sabes, algún día, no recuerdo cuando, dejaste de ser mi hermana”, dice gemebunda Emily mientras evidencia la insignificancia con su cuerpo encorvado y sus manos pequeñitas.

“No hay necesidad de decir esas cosas”, replica con ira la hermana mayor.

Después de una pausa en que las hermanas naufragan en sus recuerdos, Dorothy puntualiza: “Hoy decidí quedarme aquí todo el día, para dialogar contigo... Es mi última oportunidad”, y su rostro se apesadumbra.

“Siempre podrás hablar conmigo”.

Dorothy deja de balancearse y dice: “Después será diferente. Cuando te hayas ido, serás sólo un recuerdo”.

“Los recuerdos nos hacen vivir”.

“A mí, no”.

“Entonces, ¿por qué estudias tanto esos libros viejos?”

“Tú nunca llegaste a comprenderme, esos libros no son recuerdos nostálgicos, ¡son la Historia!”

Emily deja de balancearse y aclara: “¿Para qué te sirve estudiar vidas ajenas, si no llegas a comprender tu propia vida?”

Dorothy replica disimulando su enojo, “Hablas como mamá”.

“Hace tantos años que murió, que ya no recuerdo como hablaba”.

“Mamá no sabía hablar sin moralizar”.

La hermana menor interrumpe el movimiento de la mecedora y después de una pausa dice, “¿Qué vas a hacer todo el día?”

“Hablar contigo”, réplica secamente más en tono de himno de guerra que en salmodia de paz.

La hermana sonríe y contradice, “Nunca fuiste buena con las palabras, no creo que puedas hablar tanto”, al final sonó más conciliadora que guerrera.

“Es mi última oportunidad, mañana te habrás ido para siempre”.

“Dios así lo quiso, pero no creo que te duela”.

“¿Sabes lo que sí me duele? Que de nada te sirvió haber sido madre y esposa. Acabaste tan sola como yo”.

“No lo creas, aquí estoy contigo… Tú eres la que vas a morir sola”.

Dorothy se incorpora de la mecedora y va hacia la ventana, otea la parcela de horizonte que le permite ver el vidrio; al instante regresa a la sala y observa el deterioro del apartamento. Tan viejo el mobiliario como la inquilina y también carente de vanidades. Su mirada perdida se fija en el féretro inmóvil. Comprende que han pasado varias horas desde que su hermana muriera.

Toma nuevamente asiento en la mecedora y mira la otra mecedora inmóvil y vacía. Su dialogar es voz de conciencia y rumiar de tiempos idos. Se incorpora y se acerca a la caja fúnebre de su hermana: Gris como corresponde a una mujer de edad, viuda o divorciada. *Para mí el cajón será blanco, como corresponde a una matrona virgen como mi Juana Inés, pero para ti hasta el gris parece disimulo.*

## III

Dorothy mira el rostro de su hermana tras el vidrio de la caja mortuoria. *Claraboya entre la vida y la muerte… o entre la muerte y la muerte*, piensa mórbida. Se aproxima al vidrio y cree percibirlo ligeramente empañado, como si los pulmones de su hermana aún respiraran. Como mujer práctica que es, abre la caja con un movimiento intrépido. El cadáver está amortajado; ella misma lo amortajó con unas sábanas viejas. Con la caja abierta, su hermana parece más pequeña; el rostro cerúleo revela que no podría haber respirado. Dorothy extiende su brazo como si quisiera tocar la mano inerte de la muerta, pero el movimiento queda detenido a la mitad.

"Mamá nos arropaba todas las noches antes de dormirnos, ¿te acuerdas? A mí no me gustaba que me cubriera la cara y los brazos con las sábanas, por eso me fingía dormida y esperaba con ansiedad a que mamá saliera del cuarto para sacar los brazos con violencia y sentarme en la cama".

Dorothy deja de pensar y escucha la pregunta: "¿Deseaste alguna vez que mamá nunca se hubiera ido?"

"No", contesta en voz alta, a pesar de que nadie la escucha.

La vocecilla de la hermana continúa inaudible, “Yo siempre la invoco antes de dormirme… La invoqué antes de morir”, y agrega inquisidora, “¿Qué vas a hacer ahora que me habré ido?”

Con un movimiento rápido Dorothy se aleja del cajón y se cubre el rostro con las manos. Por entre los dedos mira para corroborar la inmovilidad de la hermana. Como profesora de letras que es, su mente juguetea con la etimología de *cadáver*: *ca*ro *da*bo *ver*mes, carne dada a los gusanos. Siente un calosfrío. Se acerca al cajón y con parsimonia ritual clausura la tapa y retira con ímpetu sus manos, como si el contacto con la caja quemara. La mente y la voz de Dorothy quedan rondando por los parajes de ensueños eternos.

“¿Sabes por qué no quise que te llevaran a la funeraria? Porque no quería que te fueras a la tumba y me dejases aquí desmenuzando mi rencor. ¿Qué dices de esto?… ¡Anda, respóndeme!” Y continúa lenguaraz con su soliloquio, “A ti nunca te importó lo que pensaba, ni menos lo que sentía. ¡Porque yo también puedo sentir! Mientras tú coleccionabas caballeros y alguno que otro hijo equivocado, yo trabajaba tanto, horas y horas estudiando y publicando, y a pesar de que tengo el orgullo de ser la primera mujer que logró un doctorado en literatura hispanoamericana en los Estados Unidos, creo que de las dos, tú fuiste la lista, ¡yo estudié y trabajé; busqué torpemente mi libertad, y tú que no hiciste nada, te vas a ir a la tumba sonriendo!”

Parecería que ha oído una respuesta, una que siempre intuyó que llegaría a escuchar. “¡Mientes! A mí nunca me importó que mamá no me entendiera porque papá sí me entendía. Él me apoyó. Tuve un padre que tú nunca conociste”. Los murmullos de su cabeza aumentan. Toma con su mano derecha la mirillita sobre la caja, abre el cerramiento y contempla por última vez el rostro cerúleo e inanimado de su hermana.

Oye una vocecilla dentro de su cabeza y le responde iracunda: “¡Así no fue! ¡Eso es mentira! Yo era una mujer dormida, así como tú, y él me dijo: Dorothy, levántate y anda; Dorothy, levántate y comprende; Dorothy, levántate y escribe…”

Por un instante su voz interior queda silente. Con asco cierra la mirilla de cristal. Ahora todo es caja, no hay ventanas que comuniquen con otra realidad. Intenta rezar pero no acierta plegaria. Emily era la que sabía orar, aunque nunca alcanzara a comprender el quitapesares de la meditación. Dorothy se va calmando.

“Hoy no quería pelear, sabes, vine a decirte otra cosa… algo que quiero confesarte... Unas palabras que he tenido varias veces en la punta de la lengua y nunca las dije… mi orgullo lo impidió. Yo… yo…”

Se escucha una imprecación dentro de la caja y con un bramido la maestra responde, “¡Eso es una exageración! ¡Yo nunca me quejé!… ¡No me interrumpas, déjame hablar sin que

me repliques!” Repentinamente cambia de tono y musita con ternura, “Quiero pedirte perdón… antes no me atreví a decírtelo. ¿Me perdonas ahora?”

Como respuesta sólo escucha el silencio.

Desasosegada, Dorothy va a la cocina. Está sucia. Pone a calentar agua en una olla manchada. Mientras espera el burbujeo, abre la puerta del refrigerador. La luz interior ilumina un cubo blanco casi vacío. Una cebolla parece mirarla con sorna. La vieja queda allí enclavada en su delirio.

“Si hubiera sido hombre, me hubieran dado la permanencia en la universidad, pero únicamente por ser mujer, me la negaron”. Las palabras viajaron inútilmente hasta la otra habitación. “¿Te parece justo?”

El silencio marchita la sala.

“Por ser mujer me impidieron que mi tesis doctoral fuera sobre sor Juana, tuve que cambiar el tema para estudian a un hombre, a Juan Ruiz de Alarcón. ¿Te parece razonable?”[1]

Los oídos muertos de la hermana no escuchan. La voz prosigue después de un instante.

“A pesar de ser hermanas, fuimos tan diferentes. Tú siempre sabías sonreír, aceptabas las cosas como venían y sacabas la mejor parte de lo que te tocaba… pero eras indolente, nada deci-

días por ti, siempre respondías a demandas que otros te imponían… Y un día nada pidieron y te quedaste solitaria y vacía”.

El sonido del burbujeo del agua despierta a la maestra y por fin la puerta del frigorífico es cerrada. Se dirige a la estufa y vierte el agua caliente en una taza de color verde; saca un sobrecito de té de un envase de porcelana y lo ahoga. Con una cucharita de plata mide una porción de miel y la disuelve en la infusión. Sus dedos índice y pulgar impulsan el meneo con un tintineo que en otro día parecería alegre, pero que en este instante suena a irreverente.

“Hice tantos esfuerzos para ser una mujer diferente y al final me quedé tan sola y vacía como tú. ¿Qué voy a hacer ahora que te has ido para siempre?”

Al constatar que no hay respuesta posible, emerge una media lágrima en su pupila.

“Nunca alcancé a impactar el mundo académico, mis estudios sobre sor Juana siguen inconclusos. A pocos interesa la obra de esta mujer de excepción, sólo a dos o tres intelectuales mexicanos, pero a ninguna otra mujer”. Siente un nudo que entorpece su garganta. “La admiro tanto y, sin embargo, somos tan diferentes. ¿Por qué sor Juana pudo triunfar como mujer pensante y yo no? Tuve padre y ella no; fui a la universidad y ella no. Vivo hasta hoy rodeada de libros mientras que ella se vio obligada a regalar su

biblioteca para dar el dinero a los pobres. Fue muy religiosa y yo he perdido toda relación con lo que ella llamaba Dios”.

Dorothy ha quedado de rodillas en medio de la cocina. “¡sor Juana Inés de la Cruz, apiádate de mí!.. Cuida del eterno descanso de mi hermana… de mi madre… y de mi querido padre”.

Al intentar incorporase, escucha una réplica infamante que proviene de la sala. La voz suena sofocada porque parte de adentro del ataúd. Retumba como si viniera del pasado. La tasa no es sostenida por sus dedos y rueda con estrépito por el piso.

En dos zancadas la vieja se presenta delante de la caja mortuoria. “¡No, él nunca me tocó! Esa calumnia tuya no merece perdón. Ni mi padre, ni ningún hombre me tocaron. ¡Tengo el orgullo de ser una matrona virgen, como mi Juana Inés!” inmediatamente continúa el soliloquio con voz visceral, “¡Eres una desalmada! Tú creíste verlo, pero no fue así como lo recuerdas”.

Dorothy mira que el techo y las paredes comienzan a moverse hacia ella con el propósito de ocluir su espacio vital.

“¡No quiero recordarlo! Me costó tantos años llegar a olvidarlo, y además él se arrepintió… quiso compensarme, por eso me envió a la universidad y me dio tanta libertad”.

El espacio sigue menguando y Dorothy siente la falta de oxígeno. La voz acusadora, aún inaudible, continúa con la tortura.

“¡Mientes! ¡Mamá nunca lo supo!”, protesta la profesora, “Ella no pudo decírtelo… ¡Dices eso porque siempre me tuviste envidia!”, su voz suena sofocada porque le falta aire.

Con paso vacilante se aproxima a una ventana, la abre y saca su cabeza para recobrar el aliento. Es de tarde y la calle Saint Gabriel está vacía, algunos árboles despliegan sus ramajes. Con la cabeza aún fuera, persiste en recordar el pasado. Recuerda que a la cinco en punto pasará la carroza funeraria a recoger el cuerpo de su hermana. Regresa la cabeza por un instante al interior de la sala y en voz alta reclama: “¡Yo acabo de pedirte perdón, pero veo que tú, ni de muerta, me perdonas!.. ¡No quiero que sigas siendo mi hermana!”

Vuelve a airear la cabeza, respira hondo y guarda el oxígeno en los pulmones como si fuera a zambullirse bajo agua. En tres zancadas se aproxima al ataúd, con furia lo abre y ve que dentro reposa el cuerpo inerte de sor Juana Inés de la Cruz, tal y como estaba en su catafalco el 17 de abril de 1695, en el convento de San Jerónimo de la ciudad de México. Queda extática.

“¡sor Juana! ¡Viniste a mi llamado! Tu imagen es la única que siempre me conforta. Quisiera haber sido tu hermana. Ser algo tuyo. Te admiré como mujer pensante. Un día soñé con imitarte,

pero ni soy poeta y ni podría ser una mujer como tú. Nunca pude amar a nadie más que a ti…“, y con el último hálito pregunta, “¿Amaste tú a alguien?”

Con gran sorpresa, Dorothy ve cómo sor Juana Inés de la Cruz se sienta sobre la caja abierta, sonríe, baja sus pies y se incorpora. Percibe que ahora no están en el apartamento de Austin, Texas, sino en un palacio, ¿dónde podrá ser? La monja no repara en la vieja. Las paredes y el techo se apartan vertiginosamente y brotan ventanas luminosas que miran hacia una gran plaza. Por la puerta de doble hoja que está abierta, curiosea Dorothy un nuevo espacio, mira cómo varias damas con ampulosos vestidos recorren apresuradas los pasillos de un palacio. ¿Dónde está situado este palacio? Las voces suenan cantarinas y la profesora constata diversos acentos mexicanos. Entre tanto barullo, Dorothy comprende que ha perdido a sor Juana.

Recorre interminables pasillos buscado entre esa multitud de rostros, uno en particular, con los ojos inteligentes y la sonrisa de cristal. Con pasmo percibe que los cortesanos no advierten su presencia. Una jovial carcajada obliga a la profesora a enfocar su mirada en un rostro. Descubre a una doncella vestida con preciosura. Su tez no es blanca ni morena. Con ojos profundos de mirar seguro y cejas arqueadamente pobladas; su sonrisa, regocijada. Boquiabierta Dorothy reconoce a la joven Juana Inés.

## IV

Un caballero de espada y capa se aproxima a la vieja y le niega el derecho a seguir el rumbo que llevaban sus pasos. Azorada Dorothy comprende que los ojos de todos ahora la perciben. El gentilhombre niega con la cabeza y apunta con el índice hacia la dirección contraria, y en el instante en que la profesora intentaba lanzar su palabreo de negación, escucha una voz juvenil que la llama:

"Dorotea".

Ese nombre le suena ajeno y por eso no responde al llamado, de pronto reconoce la dulzura de la voz y vuelve los ojos en busca de la doncella, pero no logra ver el tan querido rostro. En contra de su voluntad y movida por la chusma, da varios pasos hacia donde el gentilhombre apunta con insistencia. Un arroyuelo de mujeres y niños guían a Dorotea fuera de la sala palaciega. La vieja busca entre tantos rostros a la joven, pero la ha perdido. Baja por una gran escalinata y deambula por suntuosos salones. Con dificultad logra salir del palacio por una pórtico lateral. Afuera se topa con una calle y al mirar enfrente ve un edificio tan grande como el que acababa de abandonar, ¿qué será? Se acerca al pórtico y pregunta a una vieja: "¿Quién vive aquí?" La vieja responde extrañada por tanta ignorancia: "Es la casa de Arzobispo". Dorotea piensa, *la Mitra siempre estará frente a la Corona*.

El flujo mayor de gente camina hacia la izquierda, y Dorotea se siente impelida. La calle se abre luminosa y ofrece en la esquina una gran plaza. Arriba el aire límpido permite admirar radiante al sol. Un mercado a cielo abierto pletórico de gente que hormiguea: indios, negros, pardos junto a pardas, indias, negras. Lozanos jinetes cabalgan por las terregosas callejuelas laterales. Mira al costado derecho y se deslumbra con una descomunal catedral, pero nota la carencia de sus torres. ¿Estará allí dentro la doncella? La investigadora se concentra tratando de hurgar en su memoria el nombre de la ciudad en que está... ¡Claro! La ciudad de los Palacios, como llamaban antiguamente a la metrópoli de México.

La catedral es un gran templo. Para poder entrar, atraviesa un amplio atrio. Dorotea rememora que la catedral fue dedicada en 1667, en el cumpleaños de la reina Mariana, después de noventa y cinco años de construcción. Ahora falta la construcción de las torres. Un libro fue publicado para celebrar la bendición de esa catedral; incluye un poema de la autoría de Juana Inés de Asuaje. Esa fue la única ocasión en que la poeta en cierne utilizó su nombre secular en letra de imprenta. Una prueba de que en la corte virreinal fue conocida con el apellido de su padre. Como memorista que es, la académica recuerda el nombre completo del poema: *Suspende, cantor cisne, el dulce acento*, y el título del libro, *Poética descripción de la pompa plausible que admiró esta nobilísima ciudad de México en la suntuosa dedicación de su hermoso, magnífico y ya acabado templo*. Dorotea se siente feliz al pensar que ella mis-

ma será quien descubra en 1929 ese soneto olvidado y lo publique en una revista, con la esperanza de que en un futuro fuera integrado a la primera edición moderna de las obras completas de sor Juana, cuando estos volúmenes llegaran a la imprenta.

En la catedral no estaba la doncella. La maestra busca por todos los rincones y no atina a localizar a su joven amiga. Deambula por varias calles terregosas y se asoma en cada casona que encuentra, y por más que se fija en todos los rostros que mira, no localiza a la doncella que ha perdido. Varios jinetes de blanca tez despliegan galanura sobre sus corceles. Ninguna mujer blanca está a la vista.

La académica discierne que Juana Inés debe vivir en el palacio virreinal, en donde la vio; pero que en el futuro vivirá en el convento de San Jerónimo a poca distancia caminando hacia el sur de la plaza. Su memoria evoca la imagen de ese claustro, el mismo que ella llegará a visitar en agosto de 1928. Una edificación severamente dañada que estará ubicada en la calle de San Jerónimo, entre las calles Isabel la Católica y 5 de Febrero del México moderno.

La profesora sitúa en su recuerdo que el convento de San Jerónimo dista una legua del Palacio Virreinal. Decide tomar un taxi como lo hará cuando esté en el futuro en esa gran ciudad, pero se da cuenta que aún no se inventa ese sistema de transporte. Su recuerdo le presenta el trayecto que va del palacio al claustro, da

unos pasos en esa dirección pero recapacita que en ese convento sería imposible localizar a Juana Inés porque ella todavía es una doncella como de dieciocho años. ¡Claro! Juana Inés debe vivir aún en el palacio virreinal, el mismo en que vive el marqués de Mancera, don Antonio Sebastián de Toledo. Siente un segundo retozo cardiaco al pensar que va a conocer a la virreina doña Leonor Carreto, marquesa de Mancera. Suspira, ahora tranquila, al comprender que las demandas de una investigadora literaria serán más que colmadas cuando ubique a la doncella y a la tal señora.

Un gran estrépito atrae la atención de Dorotea. Ve salir por la puerta principal del palacio virreinal a un convite de caballeros, soldados y criados, algunos en carruajes y otros a pie. ¿A dónde irán todos? No puede seguirlos a pie y decide subirse a un carruaje, pero ¿a cuál? Siente una corazonada y hace una seña para detener una carroza, con sorpresa ve que para, sube y busca un asiento, y a pesar de que no conoce a nadie, atrevidamente pregunta:

"¿Adónde vamos?"

Dentro del carruaje viajan varias damas y doncellas. Una matrona informa que van a la solemne colocación de la Imagen de la Virgen de Guadalupe en la nueva ermita, y que después van a echar una *Loa* en el cerro de Tepeyac.[2]

"¿Qué día es hoy?", indaga la vieja investigadora.

“El 2 de febrero del año del Señor 1667”, responde comedida una matrona y las doncellas ríen la ocurrencia de ignorar el año en que se vive. Otra dama chismorrea sobre un volatín que llegó de las Canarias, se llama Francisco de Morales, y hace maravillas con la prestidigitación de sus manos y la celeridad de sus pies.

El día es fresco y húmedo. A lo lejos Dorotea otea las cumbres nevadas del Iztaccíhuatl y del Popocatépetl, y rememora que la cuna de la niña Juana Inés estuvo entre esos volcanes.

Han recorrido el camino llamado del Tepeyac que conduce al norte de la ciudad. Tardan varias horas en llegar. Hace varias leguas que la ciudad de México ha quedado atrás con sus cuarenta mil habitantes cuando aparece un caserío y, cercanamente, el afamado cerro que fue en tiempos remotos adoratorio de la diosa Madre Tonantzin, recuerda sabionda Dorotea, y que en ese mismo sitio fue la aparición de la Virgen de Guadalupe al inicio de la conquista.

Nunca había sentido pasión por las imágenes marianas, pero al bajarse del carro y comenzar la ascensión del montículo, siente Dorotea que sus ojos se humedecen con lágrimas de alegría. Ella que había llegado a pensar que no sabía llorar. Debido a la altitud y al esfuerzo, la vieja pierde el resuello.

“Yo la ayudo, señora”, dice una dulce voz.

Dorotea mira aquellos labios y reconoce la sonrisa. Es nuevamente Juana Inés. Todo es verla y las preguntas se agolpan: ¿Cómo fue tu infancia? ¿Cuándo y cómo supiste que habías sido hija natural? ¿Cuántas veces viste a tu padre don Pedro? ¿Cómo fue tu abuelo materno también llamado Pedro? Ninguna pregunta aflora a sus labios, sólo se deleita con esa voz de niña sabia, de niña madre, de futura niña monja, a quien ahora mira parlotear con otras doncellas… pero ninguna tan hermosa. La profesora se abandona a las imágenes porque teme romper el cristal del ensueño con una pregunta impertinente. El movimiento de la multitud guía hacia la cumbre del cerro y al llegar arriba, todos divisan la ermita guadalupana que esa tarde bendicen. La doncella se acerca a un pozo y saca con agilidad un cubo de agua, sirve el líquido en un jarro y lo ofrece a la vieja.

"Es milagrosa", dice la muchacha mientras bromista guiña un ojo pestañado.

Infresa la comitiva al lugar sagrado. Las voces se vuelven susurrantes. En el cortejo, Dorotea distingue a los virreyes. Doña Leonor no parece tan dulce ni tan hermosa. La virreina reclama a su lado a la doncella que Dorotea ha estado siguiendo. Otra sonrisa es la señal de despedida. La virreina necesita apoyo para subir los peldaños de la ermita. La elegante dama y su báculo humano se pierden dentro del templo.

Arremolinada por el tumulto, Dorotea no alcanza a seguir a las damas que han subido las gradas de la entrada. Cansada se sienta al lado del pozo y ofrece agua a los transeúntes. Espera un buen tiempo hasta que recuperara el resuello; luego en compañía de los viejos, los tullidos y los ciegos, decide entrar a la ermita. Ve que todos se arrodillan y así se aproximan a la imagen del sayal. También se hinca y de rodillas se adelanta hacia el altar, con gran dolor de piernas. Se da cuenta que hacía muchos años que no se postraba.

La imagen está enmarcada pero no con el ancho marco de bronce dorado ni con el vidrio que la profesora vería en su visita a la basílica de Guadalupe, ese magno templo barroco que visitará en el México moderno. Al acercarse nota la belleza del rostro moreno y repara que el vientre protuberante —¿virginal?— señala que va a ser madre. *Es la virgen de la expectación, no sólo de un niño, sino de todo un pueblo,* piensa Dorotea y concluye, *El rostro de la virgen no es tan bello como aquél de la doncella que sació mi sed*. Impensadamente, sale en búsqueda de esa sonrisa.

Afuera la *Loa* ya había comenzado sobre un templete de madera. Es un largo texto teatral sobre las apariciones al indio Juan Diego y la conquista espiritual de México. *A Juan Diego se le apareció la virgen y a mí, sor Juana*, piensa la profesora y corrige al instante, *a mí, Juana Inés*.

A un lado del tablado permanecen los músicos para poder subir cuando la representación de la *Loa* lo requiera. Dorotea ve que frente al tablado hay un trono con sillería para los marqueses y su comitiva. Juana Inés está sentada a los pies de la virreina. Los actores son estudiantes de la Real y Pontificia Universidad de México. De pie, el dramaturgo ve la representación de su pieza. Dorotea se concentra en el texto y piensa, *cuando crezca mi autora escribirá las mejores loas de la literatura castellana*.

Comienza a llover y la loa no llega a su término. De pronto los goterones dejan de caer. *Otro milagro más de esa virgen tan solícita*, piensa impía Dorotea. Termina la representación de la *loa* y todos aplauden aunque pocos comprendieron los parlamentos que los incipientes actores oralizaron. *Óyeme con los ojos*, dice interiormente Dorotea, con la misma sinestesia con que la ahora doncella escribirá un verso años después. Todos corren a algún puesto para regresar. La llovizna regresa amenazadora. El dramaturgo tiene que acercarse al virrey para ser celebrado. Dorotea persigue con los ojos a Juana Inés y corre cuanto puede para subirse en el mismo carruaje que la doncella, pero los movimientos de los carros hacen imposible el acercamiento al convite principal. Con tristeza mira como el carruaje de la virreina entra en movimiento. Un segundo carruaje comienza a moverse. Imposible es alcanzarlo, pero una portezuela se abre y un brazo juvenil se agita. Dorotea comprende el llamado y alcanza a refugiarse en el carrua-

je en que viaja Juana Inés; se sienta y agradece a todas las damas que están dentro.

“Agradezca a Juana Inés que fue quien la vio”, aclara una señora.

La vieja y la joven intercambian una sonrisa de complicidad. Cuando Dorotea está a punto de comenzar una conversación, una vieja inicia el rezo del rosario y todas las mentes se posan en el cielo. Llueve a cántaros. No se escuchan más voces que aquéllas que ronronean las aves marías y los padres nuestros. Mientras el carruaje recorre de regreso la calzada de los Misterios, se desgrana el rosario de quince misterios: dolorosos, gozosos y gloriosos. Nunca rezar fue tan dulce para Dorotea, casi llega a sentirse nuevamente católica.

Hacía dos horas que el sol se había puesto cuando entran en la ciudad. Las callejuelas están oscuras. Con las últimas gotas de lluvia arriban al palacio. Algunas teas encendidas guían a los viajeros hacia un techo seguro. Dorotea piensa, *Juana Inés debe tener hambre*.

Los carruajes entran al palacio por la puerta principal y los caballos son trasladados a los establos en la parte trasera del edificio. Dorotea busca a la joven para decirle gracias, pero ya no la puede localizar. Se topa con una mujer con quien había compartido el regreso, y le pregunta por la doncella.

“El palacio es muy grande, señora, vuelva mañana”, recibe como única respuesta.

Atónita Dorotea observa cada movimiento de palacio. En vano ha buscado a Juana Inés. Todos la conocen y nadie atina a ubicarla: que está con la virreina, que no; que con las doncellas que estudian música, que no; que está leyendo, que no; que está orando, que no. Dorotea se siente extraviada en un laberinto de preciosuras. Cansada busca un rincón en donde pasar la noche. Atraviesa un salón vacío y casi en tinieblas. Descubre una puerta, entra y se encuentra en un rincón oscuro, se acurruca y decide no pensar y continuar con su búsqueda al día siguiente. Sus manos palpan unos cojines que le arroparán la noche.

## V

Ha amanecido en un pestañeo. El rincón que la cobijó no era tal, sino en balcón de estructura volada fuera del salón principal de Palacio, con un saliente en el piso alto; su fabricación de madera oscura era preciosista, con celosía mudéjary tejas emplomadas. Curiosea por las mirillas y boquiabierta contempla a vuelo de pájaro la gran plaza y la catedral. *Mi doncella debe haber observándolo el mismo panorama con el truco de ver sin ser vista, es el famoso balcón de la Virreina*, concluye Dorotea. Cuando entra al salón contiguo que ahora descubre muy amplio y elegante, piensa que allí pudo haber tenido lugar el examen con que el virrey Mancera puso a prueba a la doncella ante cuarenta sabiondos preguntones y del cual salió más que triunfante.

Sale del Palacio y deambula por varias calles, y se asoma en cada casona que encuentra; pero por más que se fija en todos los rostros que ve, no atina encontrar a la doncella que ha perdido. Entra en un magnífico alcázar y, tras el umbral, la recibe un gran patio con arcadas. Dorotea entra y se esconde junto a una gran puerta; por el ojo de la cerradura puede mirar parcialmente el interior de un salón y escuchar ciertas voces que se escuchan aumentadas por la resonancia pero que en otros momentos son inaudibles. Curiosa observa que un joven caballero se desplaza a grandes pasos, seguido por un oficioso secretario, ambos visten a la usanza

suntuosa de aquel siglo. Dorotea junta las palabras que escucha y comprende que el caballero dicta un documento que tiene algo de memorial de juventud. *¿Debe ser la preparación para una confesión general?*, discurre.

"Quiero cambiar el primer párrafo ¿cómo inicia?", pregunta el hidalgo mientras da varios pasos seguido por el paje que con pasos menudos y poco varoniles pretende alcanzarlo mientras escribe.

"Comienza con el árbol genealógico de vuestra familia. Vuestras palabras fueron: "Yo, Félix Fernández de Córdova, hijo del duque de Sessa, de Vaena y Soma, Conde de Cabra, Palomós y Olivito".[3]

"Basta, basta, tacha eso". El hidalgo se detiene y se vuelve al secretario, piensa por un instante y prosigue, "Yo… no, no, escribe esto: Por encargo del padre superior de la compañía de Jesús, y con el ánimo movido por la obediencia y huyendo de todo pensamiento que me aleje de la modestia, dicto las memorias de los veintiocho años que Dios me ha dado de vida, para que así pasen a mi olvido con todo aquello que me ha significado el mundo, para poder así dar el paso primero que me guiará con la ayuda de Dios al camino que desemboca en el umbral de la Compañía de Jesús".

Dorotea comprende que el hidalgo dicta sus memorias como requisito de ingreso a la Compañía de Jesús.

“¿Qué sigue?”, pregunta el caballero.

“Sigue vuestro relato de cuando vinisteis de España”.

“¿Dije a qué edad?”

“No, su señoría”.

“Apunta: Fue a los cinco años cuando acompañé al virrey marqués de Mancera a México”, y en seguida agrega, “Volvamos ahora a donde nos quedamos ayer”.

“Hablabais de cuando conocisteis a la monja de San Jerónimo”.

El Hidalgo sonríe e intenta concentrarse, y continúa el dictado: “Las mujeres son como las hacen los hombres. Sin embargo, he conocido a una mujer que no fue de ninguna manera moldeada por sus circunstancias. Esta mujer, una gran genio y hoy una monja, hizo de una corte frívola una casa del aprendizaje y de piedad. Ella hizo más, ella enseñó a una juventud impetuosa y mala, cómo encontrar gran paz en el corazón de Cristo. Y habiéndole escuchado una y otra vez, me hizo meditar y percibir, sin mucho esfuerzo de visión mental, que todas la demás cosas son complacencias y fantasías, salvo el amor del corazón que rompe de amor”.

Dorotea cierra sus ojos y los aprieta, y mientras va perdiendo la noción del espacio que le circunda cree escuchar una voz cantarina, pero no se atreve a mirar para no poner en riesgo la alu-

cinación auditiva de la tan buscada doncella que dice: “El duque en muchas cosas es más joven que sus años. Le han dicho que debiera casarse, y él se imagina enamorado de mí. Si no fuera porque encontramos abundante fuentes de conversación en la religión y en los libros, me aburriría mucho”.

La profesora escucha la voz del hidalgo que continúa con el dictado, “Ya que ella me dijo que no estaba enamorada de mí, he comenzado a descubrir que tampoco yo la amo. Ahora que he abandonado aquello que había sido un galanteo sin esperanza, yo también me siento singularmente ligero de corazón”.

Dorotea abre los ojos y mira por el intersticio de la puerta, Atónita ve que la joven Juana Inés y el hidalgo están presentes. La profesora se atreve a salir de su escondite y, sigilosa, ingresa a la sala.

“Juana Inés, cuando estoy contigo, el tiempo vuela; me alejo de vos, y el tiempo se detiene”.

“Don Félix, a mí me resulta exactamente lo contrario”.

“¿No disfrutáis de mi presencia?”

“No tanto como vos disfrutáis de vuestros caballos”.

“Los caballos son caballos, yo soy diferente”.

“¿Qué os agrada más? ¿Los caballos o los libros?”

“No hay manera de comparar un libro con un caballo”.

“Don Feliz, vos gustáis de los caballos, os he visto montar cuando temprano acompañáis al virrey a misa”.

“Tan temprano os levantáis”.

“Os he visto cuando se me ha acabado la noche y he continuado leyendo”.

“Vos gustáis más de los libros que de los caballos… y de los hombres”.

“Hay caballos más inteligentes que algunos hombres... ¿Podéis dar prueba de vuestro talento?”

Después de un instante contesta el caballero, “Aún no”.

“Cuando lo demostréis, podré pensar en vos. Por el momento, mejor dedicaros a vuestros caballos…”

Dorothy se da cuenta que el hidalgo ha despertado del santiamén de ensoñación y que ella también, quiere huir pero nota que los hombres no notan su presencia. La doncella casi convertida en mujer, se ha esfumado.

Con ojos ensombrecidos, el caballero continúa dictando a su secretario. “Nunca comprendí por qué Juana Inés no me aceptó. Un día soñé con casarme con ella. Por las noches imaginaba el

cortejo nupcial saliendo del palacio virreinal, con ocho caballos blancos con monturas repujadas en plata y jinetes vestidos de blanco. Después aparecía una carroza más hermosa que la del Virrey, pero toda blanca, iba jalada por cuatro caballos blancos. Todo el cortejo en carrozas. Yo con un traje de montar de seda blanca".

"¿Y el vestido de la novia?"

"No sé, nunca lo imaginé".

"¿Y para qué queríais un cortejo tan grande si el palacio virreinal esta frente a la catedral?"

"Eso es cierto, pero no puedes negar que se hubiera visto muy lucido... ¿Por qué no me querría Juana Inés?"

"No os quiso porque quería entrarse a monja".

"Siempre fue virtuosa, pero de eso a ser monja, hay un gran trecho".

"Tanto como de jinete a abanderado de la Compañía de Jesús".

"Nunca sabré por qué no se enamoró de mí… Debió de haber una razón".

Dorotea cierra nuevamente sus ojos y cuando los abre, mira que ella ya no se encuentra en el alcázar, sino bajo una arcada

conventual. Se alegra porque nuevamente avista a la doncella, aunque ahora ataviada con el hábito gris y negro de las monjas jerónimas. Antes de que la profesora pueda decir cosa alguna, la monja guiña un ojo a Dorotea y le dice bromista, “La razón es que le gustaban más los caballos que los libros. Ese caballero hubiera probado demasiado grande atractivo para mí, si no hubiera sido por la sombra de mi padre…”

“¿Tú padre?... Nunca te reconoció como su hija y te abandonó cuando eras pequeña”, desconfía la profesora.

“Lo sé, pero nunca me acostumbré a su ausencia… pero cierta estoy de una cosa, del amor que me haría quedar en el claustro, y ése es, el amor de los libros”.

Dorotea mira con perplejidad a su amiga y aquilata lo mucho que ella misma ha perdido de interés por los libros. *Antes, ni los hombres ni los caballos me gustaban… pero ahora ni los libros*, piensa. De improviso duda si esa conversación con sor Juana tuvo lugar o ella la ha imaginado, porque su amiga ha desaparecido de nuevo.

## VI

Dorotea pestañea y al abrir los ojos se encuentra dentro de una tramoya desconocida. Va caminando por una oscura callejuela llena de charcas. Un hombre se dirige en sentido contrario, acaso un pordiosero. Algo le quiere decir pero ella se adelanta atemorizada. Ha caminado por muchas calles. Sus pies están cubiertos de lodo y su ropa húmeda de lluvia. Presiente que el tiempo se ha fugado vertiginosamente mientras caminaba sin dirección. De pronto se sorprende al reconocer un edificio.

Allí está. El mismo templo austero de entrada lateral. Cree reconocerlo por la escultura que está en un nicho en el pórtico. Su memoria le dicta que está frente al convento de San Jerónimo. Se aproxima al gran portón cerrado de la iglesia y con la palma de la mano abierta, llama. Su inútil palmear apenas se escucha. Al lado del pórtico descubre una pequeña puerta lateral y también la llama, pero nadie acude. Su mirada vaga por los larguísimos murallones que conforman el claustro. Aliviada se siente al intuir que por esta vez la doncella no se le puede escapar, allí dentro de esa muralla está su amiga. Deambula buscando un portón abierto, pero su esfuerzo es vano.

La memoria de la investigadora apunta que la joven primero pidió el ingresó a otro convento el 14 de agosto de 1667, con las carmelitas descalzas del convento de San José, pero decidió salirse

tres meses y cuatro días después. Si pudiera localizar a su amiga le preguntaría el porqué de su salida y, sobretodo, el relato de su entrada como novicia al convento de san Jerónimo, en febrero de 1668, para recibir sus votos como monja profesa el 24 de febrero de 1669.[4]

No localiza otra puerta y regresa al pórtico del templo. Ahora con el puño cerrado golpea el portón. Con voz desesperada Dorotea clama por ayuda. Nadie acude. Sus piernas pierden fuerza y la profesora va desplomándose hasta que en cuclillas llega a abrazar sus rodillas. Allí, postrada y titiritando de frío, hace un recuento de la historia del convento: Fundado ¿por quién? ¿por quién? Busca y recuerda que la fundadora fue doña Isabel de Guevara, quien tomó el hábito de las Jerónimas en 1585. Allí, en ese espacio bienaventurado, permaneció sor Juana hasta su muerte. Con rabia piensa que ese monasterio no será perdurable porque desaparecerá cuando las veinticuatro religiosas que habrá el 8 de mayo de 1863, serán forzadas por los soldados del gobierno a abandonar el claustro para dar cumplimiento a las leyes de secularización de la llamada Reforma.

Dorotea clama por sor Juana. Las gotas de la lluvia y sus lágrimas se confunden. Piensa que habría tanto que pudiera preguntarle a su nueva amiga. Para comenzar su verdadera fecha de nacimiento: ¿Fue el 12 de noviembre de 1651, un viernes, como lo afirmó su primer biógrafo el padre Diego Calleja? Aunque la profesora ha corroborado que el calendario perpetuo señala que esa

fecha cayó en domingo y no en viernes. Entonces ¿Cuál sería la verdadera fecha? Recuerda que un día se localizará una partida de bautismo con fecha del 2 de diciembre de 1648, que dice: “Yo bauticé a Inés, hija de la iglesia. Sus padrinos fueron Miguel Ramírez y Beatriz Ramírez”, familiares de la niña. Las palabras para dulcificar el desmerecimiento de ser hija natural eran “hija de la iglesia”. Eso mismo fue afirmado en el testamento de su madre: “Yo, Isabel Ramírez, soltera, tuve seis hijos naturales”. Dorotea sabe que aquella mujer, también hazañera, procreó tres hijas de una unión libre, siendo la poeta la segunda en nacer, y además, que de una segunda relación tampoco matrimonial, dio a luz un hijo y dos hijas.

Dorotea ha quedado en cuclillas bajo el pórtico de la iglesia de San Jerónimo. Se siente fatigada y, poco a poco, va adormeciendo mientras sus oídos imaginan la música de una liturgia barroca.

## VII

Con estrépito la puerta de la iglesia de San Jerónimo es abierta desde dentro. Despierta Dorotea y con dificultad separa sus párpados que han quedado pegados por haber conciliado el sueño mientras lloraba. Mira que es de día. Con ojos azorados comprueba que sus ropas lucen secas y limpias. Ve que el pueblo de Dios va ingresando al espacio sagrado. Un caballero que ingresa le da unas monedas al confundirla con una menesterosa. Ella quiere rechazar la dádiva, se incorpora y sigue al caballero al interior para devolver la moneda, pero se detiene porque nota que ha comenzado una ceremonia. Docenas de candelas están encendidas. Dorotea presiente que llegó a tiempo porque se hace un silencio total.[5]

Ante el altar, un sacerdote está de pie y lleva un crucifijo en las manos y, en una fuente de plata portan un hábito jerónimo café y negro. El oficiante proclama: *Vírgenes imprudentes, preparad vuestras lámparas, he aquí que el esposo viene, salid a él.*[6] En seguida bendice los velos diciendo: *El Señor sea contigo*; a lo que el pueblo responde: *Y con tu espíritu*. Después de rezar una oración latina, el sacerdote llama a la doncella que ha de profesar con esta antífona: *Ven, hija, óyeme, te enseñaré el temor del Señor*. Y la novicia responde cantando otra antífona con dulcísima voz: *Ahora sigo y en todo corazón te temeré y buscaré ver tu rostro. Señor, no me confundas, sino llévame junto a la mansedumbre de*

*tu misericordia*. Dorotea comprende que ésa es la voz de su amiga y que la ceremonia es la profesión de monja, según lo establece la regla jerónima. No había reconocido a la doncella porque está vestida de novia, con velo y traje blanco, y luce varias perlas antiguas y flores.

El sacerdote bendice a la novicia con una oración en latín y posteriormente hace una exhortación a la que ha de profesar, preguntándole si vino de su voluntad o si está por fuerza en el monasterio, y si sabe los cuatro votos de la regla: Pobreza, castidad, obediencia y clausura.

Las voces viajan y se pierden entre las altas paredes y la cúpula. El sacerdote pregunta a la doncella su edad y aunque Dorotea orienta sus orejas para recibir la respuesta, el vocablo del número no le llega. La novicia sube de volumen y pronuncia su protesta con gran certidumbre:

> *Yo, sor Juana Inés de la Cruz, hija legítima de Don Pedro de Asuaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios nuestro Señor y de nuestra Señora la Virgen María y del glorioso nuestro padre San Jerónimo, hago voto y prometo a Dios nuestro Señor, de vivir y morir todo el tiempo y espacio de mi vida en obediencia, pobreza, sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, según la regla de nuestro padre San Agustín. En fe de lo cual lo firmé de*

*mi nombre hoy 24 de febrero del año de 1669. Dios me haga santa.*[7]

Al término, el sacerdote ora desde este lado del orbe: *Si todas estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Acabada la profesión, comienzan las cantoras una letanía desde el otro lado del orbe: *Señor, ten piedad de nosotros. Cristo, ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros.*

En seguida conduce el clérigo a la novicia hacia la parte posterior del templo; una pequeña puerta es abierta y por ella desaparece únicamente la postulanta, como si fuera absorbida por otra dimensión. La puertecilla se cierra por dentro para jamás volverse a abrir ni en vida ni después de muerta.

Dorotea logró colarse con ese pequeño grupo que ingresa al antecoro porque nadie percibe su presencia, con excepción de la novicia que le sonrió cuando sus ojos se cruzaron. Desde el otro lado, el sacerdote llama con esta Antífona tres veces: *Ven Esposa de Cristo*. Y desde el antecoro ella responde con esta antífona cantando: *Porque conmigo tengo al guardián de mi cuerpo, al ángel del Señor*. Y acabada esta antífona, torna el sacerdote a llamar a la hermana con voz más alta diciendo la misma antífona: *Ven esposa de Cristo*. La cual acabada responde cantando la Profesa lo que se sigue: *El reino del mundo y todo el ornato del siglo desprecié por Aquél en quien creí y a quien amo*.

Nuevamente llama el sacerdote a la profesa alzando esta vez más la voz: "*Ven esposa de Cristo",* y ella que está de rodillas, responde al llamado místico: *La esclava de Cristo soy y, por lo tanto, me muestro la persona servidora.*

Comienzan las cantoras el himno *Veni Creator*. Después la hermosa voz de la profesa canta esta antífona: *Para él estoy desposada, a quien sirven los ángeles, cuya belleza el sol y la luna admiran.*

Dentro, sus nuevas hermanas le quitan el vestido blanco y los adornos a la que está profesando. Posteriormente la priora le pone el anillo, la corona de espinas y un ramo de palma en la mano, como enseña la orden jerónima. Nada de monja coronada. Comienza el coro a cantar el *Te Deum*. Abraza la nueva profesa a todas las monjas y toma la bendición de cada una, comenzando desde la Priora; lo cual acabado, torna crucifijo, la corona y la palma que dejó para los abrazos, y se termina de cantar el *Te Deum* y la ceremonia ha terminado. Dorotea no fue abrazada pero guardará entre sus más preciados recuerdos, una mirada sonriente engarzada en dos delineadas cejas.

Dorotea ha visto como la doncella Juana Inés de Asuaje ha sido transfigurada en sor Juana Inés de la Cruz. El grupo de religiosas guía a la nueva hermana hasta una gran puerta. *Debe comunicar con el claustro*, piensa la profesora, mientras su voz interior

pregunta, *¿Por cuántos años?,* y su propia voz responde en tonillo de conferencia magistral:

“Veintisiete años”.

## VIII

Dorotea quiere abrir la puerta del claustro y no puede porque alguien puso un cerrojo desde afuera. Corre a la puerta que comunica con el templo, pero ha sido clausurada desde el mundo exterior. Irremediablemente quedó atrapada en el antecoro. Ni es del claustro ni del mundo. Recorre el cuadrángulo mientras observa el mobiliario de sacristía que guarda paños de iglesia y ricas casullas. Siente Dorotea un espeluzno al recordar que en ese espacio, bajo las baldosas, enterrarán los restos mortales de sor Juana cuando muera. *Aquí será enterrada sin caja mortuoria, sólo amortajada con un sudario blanco y con la tierra sobre el rostro, como se hace con todas la monjas jerónimas*, afina mentalmente la académica.

Pasa un tiempo en silencio, hasta que un chirrido metálico anuncia que la puerta del claustro ha sido abierta. Una monjita de cuerpo menudo ingresa y es seguida por otra monja de gran altura, ambas cargan un altero de paños recién planchados. Dorotea aprovecha que no han notado su presencia física para escapar hacia el interior del claustro. Busca por todos lados y no localiza a su amiga. En los varios patios se topa con monjas y criadas que pasan quedamente, sin reparar en la presencia de la intrusa.

La entremetida abre una puerta que comunica con una enorme cocina plena de vapores aromáticos, cocineras y criadas se

arrebujan alrededor de los calderos y las hornillas calentadas con maderos. Siente hambre y se da cuenta que hace mucho que no ha comido, ni descomido. Mira hacia el techo y ve que las ennegrecidas paredes se reducen de tamaño y forma una enorme chimenea. *Ni sombra de Juana Inés, perdón, de sor Juana Inés*, corrige.

Por mediación de un arco y de un pequeño vestíbulo, pasa a un gran salón cuadrangular, con sillería de mampostería por tres de sus lados y con una mesa longitudinal en cada frente. En ese momento la comunidad consume sus exiguos alimentos mientras una hermana lectora oraliza las palabras de un texto religioso. *Debe ser el Refectorio*, deduce la maestra y otea rostro por rostro, pero ninguno pertenece a la tan rastreada hermana. Va hacia una gran puerta, la abre sin hacer ruido y ve que comunica con la arquería del claustro.

Camina un buen trecho guiada por la continuidad de arcos y columnas. Por un instante recuerda sus inacabables trajines en un claustro universitario. Abre una puerta pequeña y mira una salita. El espacio está ocupado con varias personas que están sentadas en sillones de madera oscura. Voces alegres resuenan en la amplia bóveda, podría ser la familia de esa monja que sonríe tras un velo negro. Una segunda monja está sentada fuera del círculo social, también velada. *Es el Locutorio para recibir visitas*, confirma la voz interior de la profesora mientras abandona sigilosamente el espacio. De verdad su amiga se hizo perdidiza

Ha entrado la fisgona en varias edificaciones minúsculas de dos plantas, *Deben ser las celdas*, concluye. Algunas están ocupadas por monjas o por su servidumbre. Suspira al encontrar una celda vacía porque pudo entrar: un pequeño espacio, en la primera planta está la recepción y, escondido, el retrete; luego sube por la pequeña escalera a la alcoba, un cuarto con un camastro sin colchón y una mesita de noche con una vela, nada más. Hay puertas pero no cerrojos. En las paredes, imágenes sagradas; parco el mobiliario y en ninguna celda, libros. Juana Inés se ha hecho ojo de hormiga.

Al pasar la profesora por uno de los patios cercanos al templo, mira a dos monjas en posición de genuflexión dentro de nichos a nivel de las baldosas del piso. *¿Estarán castigadas*?, piensa, pero ninguna es su Juana Inés. Al fijarse descubre que las hermanas están en confesión. El confesor está fuera del claustro, acaso sentado en un confesionario, y por una ventanita cubierta de velo escucha el inventario de pecados y da la consejería espiritual y la absolución, únicamente escucha la voz de la monja porque no es permitido mirarla ni que lo mire.

Definitivamente, Juana Inés puso pies en polvorosa. La profesor piensa, *vaya con mi iniciación en el convento de San Jerónimo, demasiado agarroto sin sosiego y, arriba de todo, sin localizar a mi amiga en este enclaustrado laberinto*.

## IX

En el convento Dorotea ha perdido el sentido del tiempo, si ya pasó un día o muchos, o si sólo va un segundo, no podría saberlo. Decide medir el tiempo con los rezos de las horas canónicas con que las monjas contemplativas santifican el trascurrir del día: *maitines* y *laudes* antes de salir el sol; *prima* al amanecer, seguida de *tercia*, *sexta* y *nona* mientras desempeñan sus tareas; intercaladas tres comidas o ayunos y abstinencias; también algún recreo. A las *vísperas*, el recogimiento de la tarde y a las *completas*, el nocturnal descanso.

Dorotea se encuentra en un patio espacioso con corredores y arcadas por cuatro lados. El cielo ha ido perdiendo la lozanía que hacía fulgurar a la región más transparente. Ha abierto y cerrado cada puerta que ha encontrado y no localiza a su amiga. Las monjas pasan a su lado sin percibir su presencia. Sus pasos guían a la profesora nuevamente al locutorio. ¡Por fin!, allí está sor Juana Inés de la Cruz, pero no se atreve a acercarse a ella porque un hombre entrado en años y vestido con sotana sacerdotal, increpa a la monja. *¿Será su confesor?*

"Mando, pues, que mi alma se entregue toda en manos de Dios, y que en todo y por todo, se trate como suya, empleada en lo eterno", interrumpe la lectura y ordena con voz de quien no sabe ser desobedecido, "¡Repite cada palabra con voz fuerte!", y continúa con la lectura, "Sin acordarme de cosa temporal mi enten-

dimiento sólo piense, juzgue y discurra del cielo, sin atender a la tierra, mi voluntad se ocupe toda en amar tan infinita bondad y amable dueño, sin mirar sujeto criado que sería vil sacrilegio a vista de tal Esposo".

La voz de la monja es un eco cercano a lo inaudible. Cuando se hace el silencio, la monja pregunta con ingenuidad. "Padre, ¿y en leer libros de sabiduría, hay quebrantos del voto?"

"Todo libro que no sea el santo evangelio y los escritos de los santos padres es esparcimiento inútil y descarrío del buen saber", responde automático el Confesor.

En el salón contiguo se escucha una campanada y la lejana voz de un hombre canta en tono de salmodia: *Un año de monja*.

"Padre, ¿Y en oír músicas, ver comedias y bailes, hay quebrantos del voto?", indaga la joven.[8]

"Deleitándose, señora, en sus obscenidades o deseándolas, sí señora, pero si es por recreación y cesando el escándalo, es probable que no".

"Padre, ¿y en quitarse el hábito de las monjas para hacer alguna comedia u otro festejo así, como la cuelga de una abadesa, hay materia de pecado?"[9]

“Del mismo modo respondo, que si es dentro del convento y la causa es la recreación, no hay culpa, pero si es delante de los seglares, hay culpa mortal”.[10]

Dorotea vuelve a escuchar la voz del reloj humano: *Dos años de monja*.

“Pues Padre, yo he oído decir a hombres doctos que lo que se prohíbe es cantar cosas indecentes, pero letras sagradas ¿no se pueden cantar?” [11]

“Lo que yo sé es que letras por sí están prohibidas, su santidad manda que en las misas cantadas, vísperas y maitines, nada se puede cantar fuera de oficio porque es pervertir el orden de nuestra madre la Iglesia”.

“¡Pero yo quiero hacer algo con mi intelecto, quiero componer música o hacer versos para celebrar la belleza de la creación!”

“Tenéis que olvidaros de todo lo mundano”.

Dorotea se sorprende al ver entrar a un hombre vestido de negro con capucha, —*en el claustro no puede haber un hombre*—, siente un escalofrío al pensar que bien pudiera ser la Muerte. Sus oídos escuchan una música que la crítica califica de danza macabra. Extrañamente el hombre se apresta a bailar con el confesor,

mientras la monja repite con voz desesperada las palabras que profiere el Confesor:

"Repetid conmigo: "Que mi cuerpo sea enterrado vivo en las cuatro paredes del convento de donde ni por imaginación salga paso…", mismas palabras que la monja corea a *sotto voce*.[12]

Mientras grotesca la pareja baila, el hombre contabiliza con voz festiva: *Tres años de monja*.

El Confesor continúa con la lectura en un tono que no admite réplicas, "Y como verdaderamente muerta al mundo, ni vea, ni oiga, ni hable, ni se acuerde de sus cosas. Allá se lo haya el Siglo con sus máquinas". La monja musita las mismas palabras.

El Hombre cronometra: *Cuatro años de monja*.

La voz del Confesor continúa impertérrita, "El mundo no me toca, ni me atañe; ruede, vuelva y caiga. Que todos mis sentidos sean con mi cuerpo enterrados y que todos mis potencias obren sólo a lo celestial". La voz de la monja ronronea su el final de la oración.

El Confesor ataca a la monja, "Esos versos os llevarán al infierno".

"Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio".[13] "Entréme de religiosa porque aunque conocía que tenía ese estado cosas muchas repugnantes a mi genio, con

todo, para la total negación que tenía al matrimonio. Era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación”.[14]

La campana humana gime burlesca: *Cinco años de monja*.

El Confesor zahiere, “El bien engendra el bien, pero vos únicamente generasteis envidia”.

“Pues parece máxima del impío Maquiavelo: que se aborrece al que se señala, porque desluce a los otros”.[15]

La voz varonil campanea: *Seis años de monja*.

“Vos sois como el demonio: despertáis la peor parte de aquellos que os rodean”.

“Los envidiosos imponen excesivas demandas para los demás, pero perdonan fácilmente su propia mediocridad; mientras que las almas grandes son exigentes sólo consigo mismas y muy indulgentes para con todos”.

Cronos cantonea: *Siete años de monja*.

“Que vuestros oídos no oigan nuevas del mundo”.[16]

*Ocho años de monja*, Cronos insiste.

“Que no escuchéis cuentos impertinentes o palabras livianas”.

*Nueve años de monja*, Cronos persiste.

“Que vuestro entendimiento se abstenga de todo entretenimiento”.

*Diez años de monja*, el péndulo clama obstinado.

“Una monja no debe escribir ni menos dar a la luz pública sus letras, y vos habéis publicado varios versos y villancicos”.

Sor Juana monta en santa ira, “¿Tócale a Vuestra Reverencia mi corrección por alguna razón de obligación, o de parentesco?”[17]

“Soy representante de Dios”, responde iracundo el confesor.

El reloj humano llama: Once años de monja.

“¿En qué se funda, pues, este enojo?”

“Es la ira santa”.

La voz masculina repiquetea: *Doce años de monja*.

“¿En qué este desacreditarme? ¿En qué este ponerme en concepto de escandalosa con todos?”

“Vuestras obras pertenecen al demonio”.

Cronos tamborilea a carcajadas: *Trece años de monja*.

“¿Qué precisión hay en que la salvación mía sea por medio de Vuestra Reverencia, limitose acaso la misericordia de Dios a un hombre?”[18]

“¡Eso es una blasfemia!”

“¿He de ser santa a pura fuerza?”

La voz de Cronos cascabelea diciendo, *todas las horas hieren pero sólo la última mata*. La irritación de Dorotea había ido en aumento, no tolera más agravios y decide fugarse. Dorotea parpadea y cuando abre sus ojos, ya no mira porque todo se ha vuelto tinieblas.

## X

Por primera vez Dorotea concibe lo que es la ceguera. Mira sin ver porque la luz ha disminuido hasta el oscuro absoluto. Aprieta los párpados y exorciza las tinieblas. Tras un instante de completa oscuridad, vuelve a abrir los ojos y descubre con sorpresa que el espacio ha cambiado, ahora ella está en una celda. Su alegría es mayúscula al darse cuenta que es la celda de sor Juana. Ve a la monja escribir sobre una mesa pequeña de madera

A pesar de que la luz ilumina la estancia, esta vez su amiga no repara en su presencia. Dorotea intuye que varias semanas deben haber transcurrido desde el instante de su tiniebla. Como investigadora que es, se inclina tras la espalda de su amiga para curiosear los renglones que escribe:

> *La materia, pues, de este enojo de Vuestra Reverencia no ha sido otra que la de estos negros versos de que el Cielo, tan contra la voluntad de Vuestra Reverencia, me dotó. Éstos he rehusado sumamente el hacerlos, y me he excusado todo lo posible, no porque en ellos hallase yo razón de bien ni de mal, que siempre los he tenido (como lo son) por cosa indiferente.*[19]

*Debe ser una carta para su confesor*, piensa Dorotea. *¿Permanecerá escondida esta carta en algún lugar*? Inquisitivos sus ojos se alargan para continuar de soslayo la lectura:

> *¿Qué más castigo me quiere Vuestra Reverencia que el que entre los mismos aplausos que tanto se duelen, tengo? ¿De qué envidia no soy blanco? ¿De qué mala intención no soy objeto? ¿Qué acción hago sin temor? ¿Qué palabra digo sin recelo? Las mujeres sienten que las exceda; los hombres, que parezca que los igualo; unos no quisieran que supiera tanto; otros dicen que había de saber más, para tanto aplauso. Las viejas no quisieran que otras supieran más; las mozas que otras parezcan bien, y unos y otros que viese conforme a las reglas de su dictamen, y de todos juntos resulta un tan extraño género de martirio, cual no sé yo que otra persona haya experimentado.*

La profesora tiene la certeza de que nunca antes había leído palabras de tal filo, pero asiente al comprender que esas mismas palabras retratan su propio martirio de académica. Cuando ella se atrevió a hablar en ese tono a sus colegas, siempre perdió la escaramuza, ¿no irá también su amiga a perderla?

> *Mis estudios no han sido en daño ni perjuicio de nadie, mayormente habiendo sido tan sumamente privados, que no me he valido ni aun de la dirección de un maestro, sino que a secas me lo he habido conmigo y*

> *mi trabajo, que no ignoro que el cursar públicamente las escuelas no fuera decente a la honestidad de una mujer, por la ocasionada familiaridad con los hombres, pero ¿quién los ha prohibido a las mujeres?*

La académica se da cuenta de que la monja todavía no escribe su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*; sin embargo, las palabras de la carta parecen preludiar la afamada misiva que pasados varios años habrá de escribir.

> *Pues ¿por qué es esta pesadumbre de Vuestra Reverencia, y el decir que a saber que yo había de hacer versos, no me hubiera entrado Religiosa, sino casándome?*

*A las monjas no les permitían utilizar la razón*, piensa Dorotea, *ni tampoco a las profesoras…* y prosigue con el fisgoneo de la lectura ya sin el cuidado de no ser descubierta.

> *Pero a Vuestra Reverencia no puedo dejar de decirle que rebosan ya en el pecho las quejas que en espacio de dos años pudiera haber dado, y que pues tomo la pluma para darlas, redarguyendo a quien tanto venero, es porque ya no puedo más, que como no soy tan mortificada como otras hijas, en quien se empleara mejor su doctrina, lo siento demasiado.*

Piensa, *Tampoco yo puedo más…* y continúa con la lectura furtiva.

> *Vuelvo a repetir que mi intención es sólo suplicar a Vuestra Reverencia que si no gusta de favorecerme no se acuerde de mí, si no fuere para encomendarme al Señor, que bien creo de su mucha caridad lo hará con todas veras.*

Cuando mira que firma la carta, Dorotea comprende que sor Juana es finalmente libre y concluye que esas palabras tendrán el fruto amargo de que al recibir esa misiva el padre Antonio ya no aceptará ser más su confesor. *Una década de libertad para pensar y para crear*, precisa la investigadora. Quiere abrazara su amiga por la espalda, pero se contiene al pensar que, *Una monja de debe ser tocada*. Gozosa la profesora siente que debe abandonar la celda.

## XI

Se refugia Dorotea en el silencio del Refectorio. No es hora de comida ni de colación. Después del último servicio, el espacio ha quedado limpio y solo. Ninguna migaja de pan se mira por el suelo. Las lozas lucen tan limpias como una patena.

Al encontrarse en solitud, Dorotea se reconforta. Toma un libro que está en el atril de la hermana lectora; palpa el forro de la portada que es de pergamino y lee el título externo dibujado con grandes letras color café: *Regla de San Agustín*. Abre el libro en una página cualquiera y mira las letras sin leerlas mientras recuerda que el convento de San Jerónimo sigue precisamente la Regla Agustina.

Los ojos perspicaces de la académica reparan en una cuchara de madera, olvidada sobre una mesa, la toma y sus dedos juguetean con ella mientras su mente dilucida: *¿cuál pudiera haber sido el momento culminante de la vida intelectual de sor Juana. ¿Cuando en 1689 llegó de España la edición* de Inundación Castálida*? Ése fue el primer libro publicado por una mujer de América. ¿O sería cuando en 1692 llegó a México el* Segundo volumen *de sus obras, que incorporaba comedias, autos, poesía y la* Crisis de un sermón*?* No. La crítica apunta con su mente clarificadora: *el momento culminante de sor Juana fue el Festejo* de Los

empeños de una casa, *su segunda comedia que fue escenificada alguna tarde de 1683*.

Dorotea imagina que las hermanas han pedido que sor Juana lleve a cabo la lectura de esa comedia mientras ellas consumen sus alimentos en el Refectorio. Imagina que la monja por humildad se ha negado, pero las hermanas sacaron el permiso a la madre priora. La profesora orquesta mentalmente la lectura hoy de algunos fragmentos a mitad del día, dos o tres horas antes de que se corra el *Festejo* de *Los empeños de una casa* para rendir homenaje al virrey y a la virreina. Toda la corte virreinal estará esa tarde en casa del contador Fernando Deza, porque allí será la representación teatral.[20] sor Juana no asistirá a la representación porque su voto de clausura no le permite salir del claustro.

En el Refectorio vacío, la profesora fantasea con cuarenta monjas que comen sentadas en la sillería. Allí nadie posee privilegios, todas comen lo mismo. Nadie pide algo para sí; todas las monjas tienen que esperar a que otra hermana descubra el faltante y lo solicite. Así se vive la caridad. El ruido de los platos y los mascullados de boca son escuchados porque la voz de la lectora aún no los enmascara.

El delirio diurno de Dorotea está por ser iniciado. sor Juana entra al refectorio con un legajo de papeles en mano y se coloca frente a un atril de pie. Dorotea sonríe pensando que ella misma tiene memorizado algunos de los parlamentos de la comedia como

resultado de las treinta o más veces que sus ojos han leído la comedia. Vaya cambio de tema para un Refectorio, de leer la *Regla* seguida por el convento de San Jerónimo a leer una comedia cortesana. Sonríe al pensar que las monjas encontrarán en las palabras más sabrosura que en los alimentos que consumirán.

Mientras las hermanas legas van sirviendo los alimentos en cada plato, la autora explica el festejo como si contara una historia. Dorotea sigue cada una de las palabras, mientras sus dedos juguetean con el librillo que había tomado del atril.

La voz de la monja explica que el Festejo consta de diez partes. La *Loa* inicial presentará esa tarde la competencia que determinará ¿cuál es de las dichas la mayor? Cuatro personajes contendientes que tiene por nombre *Mérito*, *Diligencia*, *Fortuna* y *Acaso*, presentarán sus argumentos y uno será nombrado ganador. En medio de la contienda aparecerá el personaje de la *Dicha*, quien negará la preeminencia de los cuatro contrincantes y propondrá que ella misma es la ganadora, ya que ha personificado la mayor de las dichas, la de homenajear a los virreyes. Los competidores aceptarán su derrota y se unirán al homenaje virreinal. Una monja intenta aplaudir, pero la mirada reglamentaria de la priora la congela.

"Esta tarde seguirá una canción que será cantada por una voz femenina para homenajear a la virreina", continúa sor Juana. *La Divina Lisi, como la llama en privado Juana Inés, piensa la*

*académica*. Con simultaneidad, ha abierto el librillo del atril —la Regla de San Agustín— y leído de reojo dos líneas:

> *La Regla obliga al amor de Dios y del prójimo, a la pobreza, a la humildad sin ensoberbecerse…*

La monja dramaturga declara que después iniciará la *Jornada Primera*, con la presentación de dos damas: doña Leonor y doña Ana, quienes son requeridas por dos caballeros; todo sucede en la ciudad de Toledo. La voz melodiosa lee un parlamento de doña Leonor: "Inclíneme a los estudios desde mis primeros años con tan ardientes desvelos, con tan ansiosos cuidados, que reduje a tiempo breve fatigas de mucho espacio. Conmuté el tiempo, industriosa, a lo intenso del trabajo, de modo que en tiempo breve era el admirable blanco de todas las atenciones, de tal modo, que llegaron venerar como infuso lo que fue adquirido lauro… Entre estos aplausos yo, con la atención zozobrando entre tanta muchedumbre, sin hallar seguro blanco, no acertaba a amar a alguno, viéndome amada de tantos".[21] Dorotea reconoce una vez más que ese parlamento posee ecos de los años en que Juana Inés vivió en el palacio virreinal. Los dedos inquietos de la profesora abren el librillo al azar y sus ojos acostumbrados a leer sorben una línea:

> *La Regla obliga a la oración en los tiempos previstos y a solas, el ayuno que doma la carne, a escuchar las lecturas mientras comen…*

Deduce la profesora, *A las monjas les tocó hoy degustar un banquete barroco a lo cómico*.

A plena voz, sor Juana lee la letra de una segunda *Canción* dedicada a la Bellísima María, epíteto de la virreina, que esa tarde será entonada por una voz femenina. Sigue la mención del *Sainete Primero* de Palacio que presentará otro certamen que determinará quién merece el mayor desdén de las damas: el *Amor*, el *Respeto*, el *Obsequio*, la *Fineza* y la *Esperanza*, pero al final del sainete el personaje del *Alcalde*, descalificará a los concursantes porque el desprecio se da sin merecerlo. Las monjas no ríen pero la profesora vaticina que esa tarde la corte reirá y aplaudirá festivo al final. La lectura secreta de Dorotea se ha vuelto paralela a las palabras de la monja:

> *La Regla de San Agustín obliga la prohibición de la murmuración, el cuidado de las enfermas, la modestia en el hábito y a aceptar los vestidos que les den, la honestidad que asegura que aunque veáis hombres, no pongáis los ojos en ellos…*

La voz vivaz de la monja explica que la *Jornada Segunda* tendrá lugar en un jardín. Don Carlos dialogará con su criado Castaño sobre su amor por Leonor, pero llegará una criada a pedirle al caballero que se retire al jardín porque don Pedro, el hermano de la dama, va a salir y no debe ser visto allí. Los tratos del amor mencionados en el *Sainete Primero* han hecho mella en las protagonistas y la jornada termina solamente con el triunfo de la *espe-*

*ranza*, porque las damas todavía no han alcanzado la dicha del amor.

Dorotea paladea el idioma de la comedia y siente que no es el mismo que lenguaje rigorista de la Regla conventual:

> *Obliga a no recibir papeles sin la revisión de la priora, preferir las cosas de la comunidad que aquellas propias, limpieza de ropa y cuerpo, diligencia en la caridad, cuidado de la lengua y obediencia...*

Al terminar la jornada, una canción de cuna invitará esa tarde a corear *Tierno, adorado Adonis*, con referencia al hijo de los virreyes que pronto cumplirá tres meses de vida. La profesor pinesa: *a la madre orgullosa le llevarán al pimpollo para que lo muestre en alto a los asistentes y todos vitoreen.*

Posteriormente seguirá el *Sainete Segundo* a manera de entremés presentará a dos de los actores que están descansando entre jornada y jornada, sus parlamentos harán mención de otra de las comedias de sor Juana. La voz de sor Juana se abaritonea: "Pero la Celestina que esta risa os causó, era mestiza y acabada a retazos, y si le faltó traza, tuvo trazos, y con diverso genio se formó de un trapiche y un ingenio". Dorotea insiste en hacer una ensaladilla con la comedia y la Regla conventual:

> *No se tenga la priora dichosa por mandar sino por servir. Concedaos Dios que guardéis esta Regla como religiosas, amigas de la hermosura espiritual, oloro-*

*sas de Cristo, con buena conversación y proceder, no como siervas sujetas a ley, sino como hijas.*

La monja lectora dice que la *Jornada Tercera* cerrará con tres matrimonios: doña Ana con don Juan, doña Leonor con don Carlos, y la criada Celia con el gracioso Castaño, quedando don Pedro de *burlador burlado*. Las monjas dejan de comer y palmean con regocijo a pesar de la mirada prohibitoria de la Priora. Nunca habían seguido una lectura en ese Refectorio con tanto afán.

Para terminar, la lectora informa que esa tarde en la representación se invitará a los espectadores a un *Sarao* integrado por cuatro grupos danzantes: españoles, negros, italianos y mexicanos, y con tres coros y un conjunto musical. Al final tañerán una pieza musical, la *Reina*, y al término bailarán el *Turdión* y una *Jácara*. Las monjas siguen con los pies el ritmo de las palabras y la madre priora tiene que llamar a mesura. *Nunca antes un refectorio conventual había escuchado el nombre de esos pecaminosos bailes*, piensa divertida la profesora y baja sus ojos para terminar la lectura del librillo:

*Y porque en esta Regla os miréis como en espejo y no os olvidéis de ella, leedla una vez cada semana, y cuando hiciéredes lo que en ella está escrito, dad gracias al Señor dador de todos los bienes, y cuando viéredes que faltáis en algo, pesaros de lo pasado y guardaos de caer otra vez, y pedid a Dios que os persone, que no os deje caer en tentación.*[22]

Dorotea intuye que *la Regla del convento Jerónimo es fermento y vida para las monjas, mientras que la comedia es sólo teatro… palabra… destello… nada… por más que se afirme que el dramaturgo es un pequeño dios*. Las monjas terminan de comer sus alimentos calladas, a pesar de sus deseos de parlotear. Nunca les había costado más la norma del silencio.

*Por haber buscado la complacencia del mundo*, sigue cabilando Dorotea, *su amiga se metió en un callejón sin salida. Las cabezas censoras de entonces juzgaron de atrevimiento que una monja escribiera, publicara y montara comedias, es un verdadero crimen*.[23] Dorotea tiene por cierto que ella no desea presenciar el viacrucis que le esperará a su amiga, mejor fugarse antes de la batalla final. No desea ser testigo de las desazones con que se intentará cerrar en el futuro los caminos de libertad a sor Juana, aunque ella, perspicaz, saldrá incólume.

## XII

Al cruzar el umbral para salir del Refectorio, Dorothy se sobrecoge al encontrarse en un inhóspito espacio. Con un *deja vu* percibe que anteriormente había estado en ese lugar: Un congreso de académicos celebrado en la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, al final de los años treinta. Repara en que lleva puesto el vestido con ribetes y medias blancos que lucía en casi todas las reuniones de académicos.[24]

La doctora Schons cae en la cuenta que era a ella a quien esperaban los asistentes y se ve obligada a subir al pódium. La plática está por iniciar y todos los colegas guardan silencio:

"sor Juana Inés de la Cruz…"

Extrañamente por entre el público sale un señor interrumpiendo el discurso con una triple negación —de palabra, de dedo en mano y de negativa de cabeza—. Dorothy se enfría al ver que es nada menos que el doctor Swanson, su odiado decano, quien con aspavientos coléricos, niega a la profesora el derecho a expresarse. La maestra se siente humillada y se retira.

"¿Por qué no me permiten leer mi ponencia?"

El doctor Swanson exige a todos silencio. Abochornada Dorothy se incorpora a la sillería de los congresistas. En ese mo-

mento entra al salón un hombre de edad, delgado de carnes y con el rostro ceñudo; notables son sus gafas de baquelita. El decano aplaude hipócritamente y los colegas lo siguen en la insípida bienvenida. Sin mayor dilación, el organizador introduce al orador invitado:

"El profesor Irving A. Leonard, especialista en literatura colonial y maestro de la universidad de California en Berkeley y de la Universidad de Michigan, va a comenzar su conferencia sobre un tema nuevo y desconocido para todos, la literatura colonial mexicana. ¡Bienvenido profesor!, por favor inicie su charla que tiene como marco este Primer Congreso Internacional del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana".

De súbito el académico disciplina a Dorothy como si ella fuera una alumna indisciplinada, "¡Preste atención, vamos a dar inicio a la presentación!" El profesor Leonard se coloca en el pódium y abre un cartapacio e inicia la lectura de su conferencia. El timbre de su voz podría ser eficaz para una reprimenda. Su aceto estadounidense en notorio:

> *En años recientes, se han efectuado muchas investigaciones valiosas sobre la historia de la Nueva España en el siglo XVII, que han arrojado nueva luz sobre las actividades de los españoles en los distritos remotos de este reino...*[25]

Con disimulo y sin erguirse, Dorothy moviliza su silla dando saltitos de poquito a poco, con la intención de situarla al lado del pódium que ocupa el conferenciante. Sin notar ese movimiento, el expositor continúa impartiendo su charla.

> *A veces se pasa por alto el hecho de que la ciudad de México fue, en realidad, la metrópoli del hemisferio occidental, y disfrutó de un grado de cultura relativamente alto. Notable entre estos sabios del Nuevo Mundo fue don Carlos de Sigüenza y Góngora, quien destacó tanto en el servicio público cuanto en sus esfuerzos por la cultura. Don Carlos de Sigüenza y Góngora nació en la ciudad de México en 1645...*

Dorothy aprovecha el instante de silencio en que el afamado profesor bebe un sorbo de agua, para decir en voz alta, “sor Juana Inés de la Cruz nació en San Miguel Nepantla, el 12 de noviembre de 1648”.

Desde el público, el doctor Swanson impone el silencio con un ¡Sss! de dedo en boca. Dorothy se siente turbada. Continúa sin inmutarse el profesor Leonard,

> *De sólo diecisiete años Carlos de Sigüenza y Góngora profesó sus votos simples en el colegio de Tepotzotlán. Era de temperamento altivo e impetuoso. Una inquieta impaciencia contra las rígidas trabas de su educa-*

*ción le movió a cometer una indiscreción juvenil. Cedió a la tentación de eludir la vigilancia de los prefectos del Colegio del Espíritu Santo y escapó de su dormitorio para probar el fruto prohibido de nocturnas correrías por las calles de la ciudad de Puebla. Sigüenza fue formalmente expulsado de la orden jesuita…*

Para defenderse del desprecio recibido, Dorothy recurre una vez más a una ensoñación diurna: imagina el encuentro imposible de don Carlos de Sigüenza y Góngora con sor Juana, en el locutorio del Convento de San Jerónimo. El doctor Irvine sigue impartiendo su charla hasta que se integra a la concurrencia.

*La afición de don Carlos a escribir estaba profundamente arraigada para permitir que sus varios deberes, le hubiesen dificultado su pasatiempo predilecto. Desde sus días de estudiante hasta el fin de su vida, estuvo siempre dedicado a alguna forma de composición, etc…*

Dorothy imagina la transformación del profesor Leonard en don Carlos de Sigüenza; primero le pone la barba y le crece despiadadamente la nariz, luego las gafas modernas son cambiadas por unos anteojos antiguos de metal —con pequeños cristales redondos y sin soporte de oreja—, y para terminar la transfiguración, el volumen corporal del norteamericano crece en el bajo

vientre. El doctor Leonard ha sido transmutado en el erudito novohispano contemporáneo de sor Juana. Asombrada constata que las ropas suyas ha sido sustituidas por el hábito jerónimo, de paño negro y café, y que en vez de zapatos modernos de medio tacón y con traba, lleva puestas zapatillas a la usanza del siglo xvii; su rostro está cubierto con un velo y sus dedos no dejan de juguetear con un rosario de cuentas negras que cuelga de su cintura. Ya no es Dorothy sino sor Juana. El tiempo quedó detenido y el espacio se desdibujó. El profesor Leonard metamorfoseado en don Carlos, repara en la presencia de la monja y se acerca.

"Sor Juana, qué bueno que aceptasteis mi visita. Sé que no siempre recibís a aquellos que os la solicitan".

"Recibo a quienes Dios me manda, don Carlos, que en México también hay su poquito de etiqueta".[26]

"Os pedí audiencia porque quiero consultaros algo".

"De cuando acá poseo la ciencia suficiente para que el más inteligente de los sabios de México venga a pedir mi consejo".

"Hay algo que habéis escrito que me inquieta".

"¿Qué podría escribir que tanto os altera?"

El erudito baja la voz y consulta en susurro, "¿Hay confianza en hablar frente a esa hermana que nos mira?"

Dorothy había reparado en una monja velada que la regla obliga estar presente en el locutorio.

“Claro, es la costumbre de todo convento, las visitas se reciben en el locutorio frente a una oidora. Nada temáis”.

El sabio tose y continúa, “Cuando habláis de estas tierras, lo hacéis como si no pertenecieran a España”.

“Dios me libre de ese pensamiento”.

“Si no lo pensáis, lo intuís. Estas tierras podrán pertenecer eternamente al Reino, pero nunca serán como la vieja España. Hemos fincado un nuevo mundo”.

“Os confieso que lo he pensado, pero nunca lo he dicho”.

“Lo habéis escrito cuando describís nuestra ciudad: “Patria es de los faroles celestiales: en quien México está representada, ciudad sobre las ondas fabricada, que en césped titubeante ciega gentilidad fundó ignorante.[27] Y los tocotines y los diálogos de vuestros villancicos son en náhuatl. Y algunos versos pueden sonar a búsquedas de libertad. Hay uno que dice: ¡Venid, mexicanos; alegres venid a ver en un sol mil soles lucir! ¡Alegres rendid de América ufana la altiva cerviz!”[28]

“¿Y por qué os sorprende?”, pregunta la monja desapercibida.

“Porque yo también he pensado que en la Nueva España se está gestando una España nueva”, y agrega, “Vos no nacisteis en Madrid o en Sevilla; vuestra ciencia y vuestra lira han logrado resolverse porque habéis estado aquí. Si hubierais vivido allá, no hubierais gozado de tanta libertad”.

“Pero mis dos libros han sido impresos en España”.

“Porque allá tenéis admiradores, pero me inquieto por vos porque después de haber hecho tantos sacrificios para tener tiempo para el estudio, podéis perder vuestra libertad”.

“Hasta ese desasosiego hemos compartido”.

“Pero ahora debemos cuidarnos, la libertad que tenemos pudiera perderse. Vos habéis gozado del apoyo de tres virreyes y de tantos prelados, pero ahora los aires han cambiado, y tenemos por única autoridad a una persona que no estima las labores de la mente”.

“Tengo un voto de obediencia y quiero morir en el servicio de Dios”.

“Nuestro arzobispo no desea ser servido por gente que piensa y menos por una mujer. No permite que las mujeres lo miren a los ojos y ha prohibido todas las publicaciones”.

“Nada tengo y nada temo”.

“Vuestros escritos sobre teología son ampliamente conocidos. Yo guardo *El equilibrio moral* y todos conocen *La crisis sobre un sermón*. Cuidad vuestras palabras, dichas o escritas, da lo mismo, porque fácil no serán nuestros tiempos. Nunca debisteis pasar vuestras meditaciones teológicas al papel”.

“Pero ¿por qué?”

“Una mujer no debe hablar de teología”.

“Quieren que por fuerza me salve ignorando, pues, ¿no puede esto hacerse sabiendo? ¿Por qué le ha de ser más acepta la ignorancia que la ciencia?”[29]

“La verdad en demasía nos hace soberbios”.

“Me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí”.[30]

“La mesura en todo es buena”.

“Lo decís porque soy mujer. Los hombres sienten que las mujeres los excedan. Los estudios, ¿quién los ha prohibido a las mujeres? ¿No tenemos el alma racional como los hombres?”.[31]

“Ningún hombre de estas tierras se hubiera atrevido a escribir algunos de vuestros papeles. Habéis escrito tres comedias seculares y eso, para muchos, es imperdonable”.

“Yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos,[32] y no quiero ruido con el Santo Oficio”.[33]

“Todos los que os han protegido, o han muerto o están lejos… Ya no quedan amigos… sólo colegas.

Dorothy despierta de su ensoñación al escuchar esa palabra tan odiada. Mira a Don Carlos de Sigüenza, pero nota que ya no lleva la barba ni los quevedos, repara en la calvicie extendida y reconoce sorprendida al Dr. Leonard.

Ya no están en el claustro de San Jerónimo, sino en un salón de un hotel norteamericano convertido en sede de Congreso. Dorothy sigue sentada entre el público, mira sus piernas que parecen más regordetas con las medias blancas y comprueba que lleva puesto el vestido con ribetes blancos. El conferencista ha terminado con su intervención y el Dr. Swanson se pone de pie con desmedido entusiasmo para iniciar el aplauso. Todos los colegas lo siguen con las palmas, primero los atentos y después los dormidos. Se levanta la sesión y todos parten al receso de café, sus voces suenan entusiastas, pero no se sabría si porque el tema ha sido de su interés o porque celebran una conferencia menos.

Sólo Dorothy ha permanecido sentada. Los últimos en salir son el Dr. Swanson y el Dr. Leonard. Cuando pasan cerca de donde está sentada la profesora, el especialista en literatura colonial le sonríe complaciente a quien no conoce, mientras el Dr. Swanson frunce el ceño y menea desaprobatoriamente su cabeza hueca.

## XIII

Mientras estuvo sumergida en sus ensoñaciones, Dorothy permaneció deambulando en su minúsculo apartamento. Ahora está ante uno de sus libreros y, con la punta de sus dedos, va acariciando el lomo de sus libros más amados, como lo haría con un gato ronroneador. Toma uno de sus libro, palpa sus pastas y mima su lomo. Lee el título: *Notas sobre los archivos españoles*, y de reojo percibe su propio nombre, pero no lo abre, como cuando alguien se topa con un viejo amigo y lo saluda con un gesto cariñoso, sin pronunciar palabra. Lo tira al suelo. En seguida toma otro de su autoría: *Bibliografía de sor Juana*, hojea sus primeras páginas y aparece el *Ex Libris* que identifica todos sus libros; es un grabado de un barco que va viento en popa a toda vela, y abajo presenta un lema: *¡Para llevarnos a tierras lejanas, no hay mejor fragata que un libro!* y más abajo un espacio enmarcado para su propia firma: *D. Schons*. Lo arroja al piso.

Con el dedo índice cosquillea el lomo de otro libro: *La censura en la Nueva España*. Sonríe al mirar la edición de *Carta abierta a Alfonso Junco*, que incluye su pugna contra la propuesta de un escritor mexicano para exonerar de culpa al confesor y el arzobispo de sor Juana. *Ese corifeo del catolicismo mexicano no será recordado después de su muerte ni en su ciudad natal*, vaticina mentalmente la académica. Un librito menos.

Toma dos libritos, uno en inglés y otro en español, ambos con el mismo título: *Algunos puntos oscuros en la vida de sor Juana.* Suspira pensando que aunque pequeños serán apreciados como lo mejor que salió de su pluma. Los regresa a su sitio y al hacerlo mira con irritación el último de los libros que parecería estar castigado al extremo del estante: *Poesía negra en América*, el único libro que publicó para complacer a sus aborrecibles colegas. No lo toma porque lo detesta. Todos al piso.

Saca otro libro de entre los castigados, y lee el título: *Apuntes y documentos nuevos para la biografía de Juan Ruiz de Alarcón.* La crítica frunce el ceño al recordar que es la edición de su tesis doctoral, aquella que debería ostentar el nombre de sor Juana, pero cuya temática fue prohibida por la junta académica. Lo lanza con ira.

Pasa a rememorar una ausencia. Nunca llegó a escribir su opus máximo sobre sor Juana; el tiempo se le fue en investigar y con lo que encontró no pudo formar un libro totalizador sobre la vida y la obra de la monja. Únicamente puede sumar seis libros de su autoría, *Nadie los cita*, piensa y se desasosiega.

Saca de un armario una caja atiborrada de legajos polvorosos que salvaguardan folios amarillentos, allí fueron a parar todos sus documentos de investigación. Un grueso legajo le guiña una pestaña, lo saca y descubre que es su novela sobre sor Juana. Más de trescientas páginas mecanografiadas con abundantes correccio-

nes manuales. En la portada aparece el título manuscrito en grandes letras: *Crónica del México viejo*. Deja que el azar abra una hoja y lee un trozo mecanografiado en inglés:

*Capítulo XVI: San Jerónimo*

> *Aunque San Jerónimo era uno de los conventos más pobres de la ciudad, albergaba cerca de ochenta monjas, además de las hermanas legas y las sirvientas. Sus ocupantes eran descendientes de conquistadores y exploradores. A menudo era imposible conseguir matrimonios convenientes para las hijas criollas de esta tierra, así que iban al convento. Algunas venían de padres versados en las artes, leyes o medicina. Algunas venían de padres que jugaban una parte prominente en la vida de la ciudad, como profesores en la universidad, jueces en la audiencia, o como médicos asesores de la corte. Los dones intelectuales de los padres, sin embargo, no era una regla heredada a las hijas, si se juzga por sus firmas del Libro de Profesiones...*[34]

Interrumpe la lectura porque su corazón da un vuelco al recordar el *Libro de Profesiones*. Con rapidez dirige sus pasos hacia otro librero y saca un libro antiguo forrado de piel. Ése es su tesoro. El libro del convento de San Jerónimo que guarda los datos biográficos y las firmas de todas las monjas profesas. Recuerda el

esfuerzo económico que hizo al comprarlo por la imposible cantidad de ochocientos pesos pagados a un librero anticuario de ciudad de México. Con movimiento seguro abre el libro y ve cómo brota el folio 274. Allí, entre sus dedos, está el original de la página de la profesión de sor Juana escrito de su puño y letra como testimonio de su ingreso al convento y otro párrafo para renovar sus votos veinticinco años después; el primero firmado con tinta y el segundo, con su sangre. Dorothy se extasía leyendo: "Yo, Soror Juana Inés de la Cruz, hija legítima de don Pedro de Asuaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios…" y la última frase: "En fe de lo cual lo firmé en 8 de febrero de 1694 con mi sangre. Juana Inés de la Cruz. Ojalá y toda se derramara en defensa de esta verdad, por su amor y de su Hijo".[35]

La investigadora recrea la imagen tantas veces imaginada: sor Juana pinchándose el dedo índice izquierdo y mojando la pluma en sangre y en tinta. La inexperiencia de la monja hace que estropee el libro con tres gotas de sangre que cayeron sobre el folio y, además, de su intento fallido de secar el estropicio con un movimiento manual de arriba hacia abajo, que manchó aún más el papel. Coloca cuidadosamente el libro antiguo en su sitio. *Inesperado desprendimiento de mis libros… Inexorable castigo de no leerlos más… Inextinguibles desasosiegos… Inextricable laberinto de mi vida…* Suspira al percibir los retintines de su conciencia. *¡Amiga Juana Inés, sálvame!,* clama y nadie acude a su llamado,

Regresa a donde quedó abierto el legajo de su novela, toma una hoja cualquiera y lee:

> *Juana encontró compañía entre las monjas jóvenes del convento, Juana de San José, María de San Simón y otras que tomaron el velo ese año. La mayoría de las monjas era muy viejas y sosegadas, monjas que habían tomados sus votos en los primeros años de la centuria. Allí estaba la madre Catarina, quien estaba todavía desmoronándose después de sesenta y un años de vida de claustro. Allí estaba Juana de San Agustín, quien había servido casi tanto tiempo. Estaba Ana de Cristo, quien había visto monjas ir y venir en el servicio de San Jerónimo.*
>
> *A Juana le gustaban las monjas de San Jerónimo. Eran amistosas y accesibles. Eran su propia gente. Y no tomaban la vida tan en serio. Reían y parloteaban en sus celdas, jugaban y cantaban. También oraban, pero no cada minuto. Ocasionalmente había un festejo y algunas veces hasta las monjas tomaban parte. Música, baile y alegría; sí así era la vida, Juana era feliz otra vez…*

*Yo nunca encontré amigas y mis colegas fueron mi infierno… si existiera este lugar*, piensa Dorothy y se consuela al enaltecer su novela como el mayor de sus esfuerzos, pero al com-

prender que nunca será publicada, su sentimiento de plenitud queda menguado en desazón.

Al azar toma otra hoja y lee el encabezado: *Capítulo XXVII. Una Pascal femenina.* Suspira sabiendo que ella ha sido la única en conjeturar que sor Juana fue una Pascal novohispana, o lo que es lo mismo, que Pascal fue una sor Juana a la francesa. Su mente viaja al pasado y pintarrajea al niño prodigio que vivió en el mismo siglo de Juana Inés, ambos tenían la salud endeble y mientras él llegó a ser un afamado científico y filósofo francés, la niña mexicana prodigio ha quedado en el olvido.

Cuando Dorothy ha sentido quebrantado el entusiasmo, siempre ha recurrido al consuelo de la lectura de uno texto dilecto; localiza el tomo deseado al primer intento y repasa esas líneas harto conocidas:

*Memorial* de Blas Pascal:

> *Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certeza. Certeza. Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo. Tu Dios será mi Dios. Olvido del mundo y de todo, con la excepción de Dios… Grandeza del alma humana. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido. Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría… Dios mío, ¿es que me abandonas? Total y dul-*

*ce renunciación. Sumisión total a Jesucristo y a mi director. Eternamente en alegría por un día de condena en la tierra. No olvidaré ninguna palabra. Amén.*[36]

A pesar de que Dorothy paladeó cada letra, esta vez no se sintió reconfortada. *Si yo pudiera creer*, declara y suspira. Vislumbra que sor Juana nunca llegó a saber de la existencia de Pascal, a pesar de que vivieron en un mismo siglo; pero ella también escribió su M*emorial*: su célebre *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz.*

Dorothy saca del legajo la última página de su novela y lee el párrafo final que narra la muerte de su amiga:

*Vestida con el hábito blanco de las monjas jerónimas, con sus pies reposando sobre una almohada de encaje blanco, Juana descansó bajo las lozas del convento de San Jerónimo. Las campanas tocaron el adiós. Poco quedaba de la poeta, "cadáver… polvo… sombra… nada".*

*¡Abjuro de mis libros!*, brama Dorothy. Esta vez ni el *Memorial* de Pascal ni los diálogos secretos con su Juana Inés lograron remendar sus heridas. ¡Todo fuera!

*¡Adiós a mis libros!*, aúlla y emprende la triste tarea de lanzar al suelo los libros de su amada biblioteca. *De qué sirve al ingenio el producir muchos partos, si a la multitud se sigue el malogro de abortarlos.*[37]

Arrebatadamente prosigue con el rabioso cometido de vaciar, uno tras uno, los libreros, que al quedar sin libros, figuran encías desdentadas que intentaran devorarla. *¿De qué sirve saber tanto?* Un solo libro queda dentro de un armario, el *Libro de Profesiones del convento de San Jerónimo*; lo toma y hojea nuevamente hasta localizar el folio 274; acerca sus labios a la pagina macilenta y besa la firma que sor Juana escribió allí, con su propia sangre, y siente que se le acumula aún más la soledad.

*Tú sí llegaste al zenit, ¿por qué yo no?*

## XIV

Todos sus libros y sus archivos están desperdigados por el suelo. El apartamento es un caos que, con un fósforo, podría transformarse en una gran pira. Dorothy repara en una hoja que, prófuga de las cajas, llama su atención; la toma y lee rabiosa: *Carta a sor Juana Inés de la Cruz*. En medio de la vorágine, no logra la profesora recordar el procedencia de la misiva. Con aprensión inicia su lectura, mientras sus manos tiemblan amedrentadas, como si leyera la sentencia de su muerte:

> *Querida Amiga:*
>
> *Amistad. Amistad de mentes. Amistad de cuerpos. ¿Cómo no defender a una amiga cuando está en entredicho? Certeza de los filósofos y de los sabios. Sentimiento. Alegría. Paz. Grandeza del alma humana. Olvido del mundo y de todo, con la excepción de ti… El mundo no te ha conocido, pero yo te conozco. Alegría, alegría, lágrimas de alegría… Dios mío, si pudiera creer en ti… Total y dulce renunciación. No olvidaré ninguna palabra.*

Le produce náusea el excesivo sabor a Pascal de su texto, más que influencia percibe plagio. Desentrañada de las marañas del olvido, recuerda que ésa es la única carta que escribió a su

amiga. Una epístola con destinatario pero sin timbre postal. *¿Por qué hoy me topé con esta maldita carta?* No recordaba lo escrito en una noche de infinita soledad cuando menos mil años antes. Busca entre los escombros de libros caídos las hojas faltantes de la carta. Conjunta tres folios escritos a mano.

> *Reconozco y admiro las cuatro transgresiones que perpetraste contra las normas de tu sociedad para manifestar tu diferente manera de ser mujer*
>
> *Como ser humano exigiste el derecho de la mujer a la educación y a las labores intelectuales.*
>
> *Como monja declaraste tu capacidad de mujer pensante para hacer compatible tu religiosidad con una vida creativa.*
>
> *Como poeta pugnaste por la libertad de expresar tu sensibilidad.*
>
> *Y como dramaturga hiciste algo más que una transgresión: al escribir, montar y editar comedias seculares, perpetraste un crimen, una de las mayores transgresiones que pudiera llevar a cabo una monja enclaustrada. [38]Anterior a ti, antecedentes hubo de mujeres que rompieron con las normas tradicionales de entender su sexo según su sociedad, así como hubo mujeres poetas, pero no hubo antes otra monja autora de comedias seculares en el Imperio español.*

*Fuiste tú la cúspide del sexo femíneo. Y aun así, te enfrentaste a catervas masculinas que manifestaban que la mujer no debe pensar ni menos escribir, fuere o no de teología. Así lo decretaron entonces y así lo siguen decretando hoy. Tu crisis y la mía, partieron de camarillas gemelas…*

Se cansa la lectora de tanta palabrería y delibera, *¿Qué acaso fuimos las mujeres creadas por una divinidad diferente?* Continúa con la lectura de la carta a pesar de que la percibe como una diarrea de palabras.

*Querida Juana Inés, una y otra vez he insistido en que no deberíamos indagar sobre qué milagro tuvo que suceder para que nacieras en un pueblecito del México imperial. Mejor sería cuestionarnos ¿por qué no descollaron otras mujeres tan inteligentes como tú? Aquí estoy yo que nada he podido hacer.*

La profesora fantasea con una imagen suya con el cuerpo amordazado y con la cabeza cubierta con una capucha, pero prosigue con la lectura.

*Nuestros nombres propios dicen mucho más que el significado escondido en sus sonidos. Juana significa,* Dios es misericordioso*; Inés,* aquella que se mantiene pura. *Bien sabes que Inés fue una doncella que fue acechada por un romano malandrín, pero la joven lo rechazó diciendo: "Apártate de mí porque*

*he sido ya solicitada por otro Amante. Él ha adornado mi diestra y mi cuello con piedras preciosas, ha puesto en mis orejas perlas de inapreciable valor. Ha puesto una señal sobre mi rostro para que no admita fuera de Él otro amante. Cuando le amare, seré casta; cuando le tocare, seré pura; cuando le recibiere, seré virgen".*

*El joven se exasperó y recurrió a su padre que era prefecto romano, quien al saber que Inés era cristiana, ordenó matarla. Los padres de la doncella la sepultaron en su casa de campo, cerca de la vía Nomentana. Pocos días después, Emerenciana, la hermana de leche de Inés, fue sorprendida cuando oraba frente a la tumba y, allí mismo, los soldados lapidaron a la doncella virgen. Nada tienes, Inés, en común con tu santa patrona…*

Los párrafos sobre el origen del nombre de Juana Inés provocan que la maestra recuerde el resto de la misiva, *Renegar del nombre de una, ¡qué estupidez*!, refunfuña y continúa con la lectura.

*Yo, Dorothy, renuncio a mi nombre y deseo llamarme* Emerenciana, *como tu hermana de leche porque al menos hubiéramos bebido del mismo pecho. Emerenciana significa merecimiento. No me gusta el significado de Dorotea:* aquélla que posee el don de

Dios, *porque si Dios existe, a mí nada me donó. Repudio mi nombre.*

*Tú preferiste el convento al matrimonio porque allí podías estar cerca de tus amados libros, y en eso somos iguales. Yo nunca desee amar a un hombre porque tenía una total negación al matrimonio por el gusto de vivir sola, y de no querer otra ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Perdona que parafrasee tus palabras, pero no encuentro una mejor forma de decirlo…*

*En este párrafo plagié el estilo de sor Juana*, piensa la académica con malogro en el goce de la palabra.

*Amistad, lo que se llama amistad, mi querida Juana Inés, no la tuviste. Tú gozaste del apoyo de dos virreinas y los favores de señores importantes, y gozaste de la hermandad de tus correligiosas, pero amistad, lo que se llama amistad, no la tuviste con nadie. En cambio, sufriste infamaciones y traición de aquellos que se decían tus amigos. Tú escribiste de ello en tu* Respuesta *a la carta que te envío el Obispo Fernández de Santa Cruz, quien estaba de tu lado: "¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones co-*

*munes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar, y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquéllos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien, me han mortificado y atormentado más que los otros… ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!"…*[39]

*También fui yo mi mártir y seré mi verduga*, impreca delirante la maestra antes de continuar con la lectura.

*En tu auto sacramental* El divino Narciso, *aseveraste que Dios acabó por enamorarse de la Naturaleza Humana, aquella que Él mismo había creado a Su imagen y semejanza; tú afirmaste la semejanza con la parábola griega que cuenta que Narciso se enamora de su imagen reflejada en el agua.*

*Pero eso es imposible. Yo no he podido metamorfosearme en ti por más que he intentado ser tu imagen y tener tu semejanza. Ni siquiera he podido defender mi vida desde tu trinchera.*

Sister Dorotea de la Cruz

El vistazo de la carta la ha dejado perpleja. *Tú fuiste una mujer plena de compasión y yo soy una mujer encolerizada*, concluye. Mira cómo los libros lanzados sobre el piso configuran el cadáver de una biblioteca. *Libro-cadáver dado a comer a los gusanos*, dicta una mente que rehúsa permanecer en sosiego.

*¿Por qué tú aprendiste a ser feliz y yo, no? Me desdoroteo por dentro y no he sabido inesarme…* Súbitamente rompe la carta en dos; en cuatro, y continúa seccionando el papel hasta que no puede ser desgarrado más. Levanta su brazo derecho lo más arriba posible y, estando de puntas, deja caer los papelitos, uno tras uno, como copos de nieve. Cuando todos han caído, cierra por un instante sus ojos secos y siente que, por fin, su mente descansa. Su imaginación pincela a aquellos con los que ella convivió, y también bosqueja a aquellos que asediaron a su amiga.

Con sorpresa constata que en su ensoñación, los rostros se gemelizan; a cada colega suyo corresponde un rostro igual en el mundo de su amiga. Todos los rostros aparecen en partida doble, salvo uno, aquél que reconoce como el de su propio padre. Allá percibe una ausencia, la del padre de sor Juana.

*Inexcusable fue el abandono paterno de la niña Juana Inés* —delibera febril la maestra—, *pero mayor fue la culpa de mi padre, tanto que resulta inexpiable.*

## XV

De repente el soliloquio queda interrumpido porque Dorothy percibe una presencia extraña en la soledad de su apartamento. El sol vespertino proyecta sobre el montículo de libros desperdigados, la sombra distorsionada de un hombre. Se gira y mira de frente aquel rostro, es un obispo con una enorme mitra sobre su cabeza. *¿Qué hace aquí?*, su conciencia pregunta y una clarividencia le avisa que había visto ese rostro antes. Esa manera de mirar de soslayo no podría ser olvidada. Siente un vahído, como si se despeñara por el borde de un precipicio.

"sor Juana, ¿seguís escribiendo versos?", dice el obispo sin mirar a Dorotea porque tiene años de ver a las mujeres sin mirarlas. La académica comprende que el prelado la confunde con sor Juana y, curiosa, se apresta a contestar.

"Sí, su Ilustrísima".

Dorotea reconoce que el rostro del prelado es igual al pintado en un retrato del arzobispo Aguiar y Seijas. La voz del prelado suena exasperada a pesar de los años de disciplina para esconder las emociones.

"¿Y comedias que son juegos de escarnio?"

“Sólo escribí aquellas que me fueron mandadas”, responde la profesora mientras hace esfuerzos para imitar la voz de sor Juana.

El arzobispo pontifica, “Eso va en disminución de vuestra culpa pero no es razón para exoneraros del todo. Vos terminasteis la primera comedia porque su autor había muerto, aún recuerdo el título: *La segunda Celestina*. Otra se corrió el día que hice yo la entrada a la ciudad de México.[40] Como si una comedia fuera la mejor manera de agradecer a Dios la llegada de un arzobispo. Y sé que estrenasteis otra para celebrar un cumpleaños del Virrey Conde de Galve. Nada de esto me complace. Ya habéis dado demasiadas pruebas de vuestra inteligencia, sin que nadie os las pidiera, ¿podéis ahora dar prueba de vuestra santidad?”

Dorotea teme que los latidos de su corazón sean escuchados, “Cuidaré más mis devociones”.

“No basta”, niega el arzobispo mientras mira de soslayo una pared.

“Escribiré más obras religiosas”.

“No basta”, y el prelado posa la mirada en otra pared.

“No admitiré visitas en el convento”.

“No basta”, y su mirada es desviada hacia la tercera pared.

“Utilizaré con mayor asiduidad el cilicio”.

“No basta”, y mira esquivo hacia la cuarta pared.

“Venderé mis libros y daré el dinero a vuestros pobres”.

“No basta”, y baja los ojos hasta poder ver la punta de sus zapatillas de seda.

“Dejaré de escribir versos”.

“No basta”, y levanta los ojos hacia el cielo.

“Dejaré de leer”,

“No basta”, y posa sus ojos en su anillo episcopal.

“¿Qué os basta?”

Súbitamente el arzobispo mira el punto medio entre los ojos de Dorotea, con ojos que no poseen pupila y que taladran la frente de la maestra. “Me basta que busquéis el camino de perfección bajo la guía de vuestro antiguo confesor”.

“¿Me lo imponéis?”

“El padre Antonio es un santo”, justiprecia el prelado mientras se quita la mitra.

“Sois mi hija”, afirma con voz de confitura.

Dorotea se defiende, “¡No, vos sois mi arzobispo, no mi padre!”

El arzobispo insiste, “Renegáis de vuestro padre en el espíritu”.

“Él está muerto”.

Dorotea siente repentinamente deseos de llorar, como si supiera que alguien va a morir. El arzobispo continúa hablando en tono de fervorín.

“Todos estamos muertos mientras no resucitamos en Cristo. El padre Antonio se cerciorará para que deis más pruebas de santidad que de inteligencia… Hinquémonos todos para rezar con humildad”.

El Arzobispo se hinca y recita el Salmo II: *¿Por qué se han amotinado las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas? Rompamos, dijeron, sus ataduras, y sacudamos lejos de nosotros su yugo...*

“¡Hermana, sálvame!”, exclama Dorotea con gran desasosiego. Busca a sor Juana en el vacío de la habitación sabiendo que allí no puede estar, pero se sorprende de verla allí, sentada sobre la pira de libros, con enorme sonrisa y revestida con el hábito jerónimo de colores café y negro. Dorotea se mira sus ropas y nota con sorpresa que viste la vieja bata raída. Se acerca a su amiga y

ésta le toma la mano mientras dice con vehemencia, “Tú me has leído y me comprendes. Necesito de tu amistad y de tu estudio”.

La profesora se siente aliviada y responde, “Aquí estoy y siempre estaré junto a ti”.

“Porque existí, existirás. Y, yo dentro de ti, seguiré existiendo”.

“Seremos hermanas”.

“Tú me cuidarás”.

“Yo te cuidaré siempre. Cuando publiquen la *Crisis a un sermón* y todos te vuelvan la cara, yo estaré contigo. Cuando te desagas de tus libros, yo te acompañaré. Cuando sólo te queden tus pensamientos, yo estaré a tu lado. Estaré contigo cuando celebres tus veinticinco años de vida religiosa. Y estaré contigo cuando sea el día de tu muerte”.

El prelado sigue salmodiando… *El que habita en los cielos se reirá de ellos, se burlará de ellos el Señor. Cuando, dentro de poco, se inflame su ira. Bienaventurados serán los que hayan puesto en Él su confianza.*

“¡Dios, no permitas que nuestros enemigos triunfen!, exclama Dorothy y queda pasmada de poder invocar al Dios de Juana Inés.

El arzobispo se incorpora con dificultad sin aceptar la ayuda que ofrecen las dos mujeres. De súbito mira esquivo a la verdadera sor Juana y con voz despótica ordena: “sor Juana, pronto celebraréis los veinticinco años de vida enclaustrada. El padre Antonio, nuevamente vuestro santo confesor, os pedirá que escribáis una oración para que tanto vos como otras religiosas, renueven los votos de castidad, pobreza, obediencia y clausura. No podéis decir que os prohíbo escribir, al contrario, os lo demando”, y cáusticamente se carcajea.

Es claro que el prelado ya no repara en la presencia de la profesora, la ha anulado. Dorotea siente pavor y, por primera vez en muchos años desea orar, pero las palabras adecuadas no son citadas por su mente y horrorizada aprieta los ojos para contener el flujo del llanto.

## XVI

Cuando abre los ojos, comprueba que el apartamento está solitario y en calma. Suspira aliviada. Intempestivamente la puerta que comunica con la calle se abre y entra un sacerdote. Dorotea recuerda al padre Antonio por un retrato suyo que llegará a ver siglos más tarde en Zacatecas. El confesor no inicia un diálogo sino una reprimenda.

"La Regla de San Jerónimo y nada más".

"Pero, Padre…", responde una voz cercana al ataúd donde reposan los restos mortales de Emily. Dorotea mira allí y descubre que es sor Juana que está sentada sobre el féretro. No puede comprender cómo es que el confesor y su amiga puedan brincar siglos y estar en su apartamento.

"Ya una vez decidisteis que no fuera yo vuestro confesor y lograsteis lo que querías, vuestro libre albedrío, y bien que lo gozasteis. Acepté regresar como confesor vuestro únicamente porque me lo ordenó nuestro Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo y porque yo me comprometí a que esta vez os haré santa. Esa fue mi condición para aceptar".

"¿Querrá Dios que sea yo santa?"

"Nunca quiso otra cosa".

El sacerdote truena los dedos como ordenando algo y la puerta del apartamento se abre y entra un hombre, va vestido de riguroso negro y lleva una capucha, como lo haría un penitente sevillano o un verdugo. Con un ademán rápido, el sacerdote quita la capucha al hombre de negro y Dorotea recuerda que había visto ese rostro en algún lugar.

“sor Juana, ¿no reconocéis a vuestro padre?”, dice el confesor mientras el padre biológico de la monja sonríe complaciente. Dorotea se adelanta con la pretensión de defender a su amiga.

“¡Juana Inés!”, suplica don Pedro de Asuaje con falsa ternura.

Dorotea reconoce que esa voz fue escuchada ese mismo día, *¡Es el clamor de Cronos!*

“¡Has vuelto!”, responde la monja con amor filial mientras se sumerge gustosa en la ensoñación.

“Nunca me fui del todo”.

“Pero abandonaste a mi madre y a mis hermanas… y a mí”.

“Siempre te llevé en mi corazón”.

“Yo hace mucho que dejé de pensar en ti”, replica defensiva la monja.

“¿Llegarás algún día a perdonarme?”

“Me engendraste sin que llegaras al santo sacramento del matrimonio”.

“Tú has ido corrigiendo mis errores”.

“Pero fui hija natural”.

Con astucia el padre cambia de tema, “Me dicen que ahora eres famosa”.

“Son estos negros versos de que el cielo me dotó”.[41]

“Quiero hacerte una pregunta y te pido que no mientas en tu respuesta. ¿Pensaste en mí el día de tu profesión religiosa?”

Un silencio preludia la respuesta, “No”.

“¿Rezaste por mí?”

“No”.

Dorotea se adelanta y argumenta defensiva, “¡No le mientas! ¡Dile la verdad! Tú entraste de religiosa porque le guardabas aversión”.

“¡Eso no es verdad!”, afirma la monja y no hay reacción de los dos hombres porque no perciben los decires entre las dos amigas.

“Esa es la misma razón por la que yo me hice intelectual”, de la abundancia del corazón habló su boca.

El rostro de sor Juana se dulcifica, “No, Dorotea, fue nuestro libre albedrío. Ni tu padre ni mi padre tuvieron nada que ver”.

La académica se enfurece, “¡Yo no tuve más opción que odiar a mi padre! Tú no puedes haberlo amado. ¡Contéstale su pregunta! ¿Pensaste en él cuando tomaste la decisión de ser religiosa?”

“No, eso lo descubrí más tarde cuando me di cuenta que la compañía de mi confesor me consolaba en demasía. Era él la sombra de mi padre, y decidí romper con los dos”, esta respuesta fue escuchado todos.

“¿Me perdonas ahora?”, interrumpe el Padre mientras esquiva mirar a su hija.

La voz del Confesor resuena a pesar de la pequeñez del apartamento, “Todos tenemos que aprender a perdonarnos”.

Un abrazo reúne a la hija con el padre. Dorotea queda atónita al ver a sor Juana llorar. Se acerca y le ofrece un pañuelo, mientras su memoria de profesora le dicta pausadamente un poema satírico de la autora: *El no ser de padre honrado fuera defecto, a mí ver, si como recibí el ser de él, se lo hubiera dado*.[42]

“¡Juana Inés, no olvides que lograste hacer lo que ninguna mujer había hecho antes!”, clama pero nadie ha escuchado a la profesora.

Un hálito de tragedia se apodera del espacio. Ese silencio es más aterrador que cualquier vocerío. El Confesor adelanta dos pasos y dice con voz que preludia una catástrofe, “¡Juana Inés, vuestra madre ha muerto![43]

La monja se contiene de llorar ante la señal inhibidora del Confesor, “¡No lloréis por vuestra madre, ni menos por vuestro padre, sino por vuestros pecados! Recapacitad con cuanto empeño habéis seguido vuestras necedades. Dios ha castigado vuestra arrogancia con la muerte de vuestra madre, ¡hincaos y pedid perdón!”

Precipitadamente el hombre de negro abre la puerta del apartamento y huye. Con pasos lentos, el confesor también abandona la salita. La puerta ha quedado abierta. Estoica la monja permanece de pie, mientras Dorotea cae de rodillas con los ojos cerrados.

## XVII

Cuando Dorotea abre de nuevo sus ojos descubre que el espacio en que está ahora es el antecoro del convento de San Jerónimo. En el centro del aposento, sor Juana está hincada en un reclinatorio mientras que su confesor permanece de pie; todas las monjas de San Jerónimo están presentes. La puerta que comunica con la iglesia está cerrada. Dorotea se precipita hacia la ventana enrejada que mira al templo y que separa el claustro del mundo, y mira sorprendida que la iglesia está pletórica de fieles. Se escucha una música barroca que va resonando desde el templo y que viaja al antecoro por la gran ventana enrejada.

El sacerdote susurra a la monja, "¿Tenéis el texto de la *Protesta de fe* que os pedí?" sor Juana asiente, y el confesor agrega, "Ahora no podéis quejaros de que os hemos prohibido escribir", agrega el confesor triunfante.

"¿Puedo firmar esa protesta con mi sangre?", aventura la monja con voz apagada.

"No sé para qué, si nadie lo hace".[44]

"Si voy a escribir mi lucha, que sea con mi sangre", musita enérgica la monja.

“Para todo tenéis que ser diferente”, cierra el confesor con aspereza los comentarios de último momento porque una tregua a la música anuncia que la ceremonia está por comenzar.

El confesor lee a pleno volumen de voz: “*En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sepan cuantos esto escuchen, que es mi última voluntad y final disposición, yo…*”, y susurra al oído de la monja: “Decid vuestro nombre”.

“Juana Inés de la Cruz”, clama a pleno pulmón.

El Confesor continúa con su lectura: “*Estando en mi entero juicio y ya para morir al mundo y todos sus fueros, declaro que soy hija legítima de la Santa Madre Iglesia. Declaro que a…*”, y susurra a la monja: “Decid la fecha de vuestra profesión...”

“El 24 de febrero de 1669”, su voz es escuchada por toda la iglesia.

El Confesor continúa: “*Fui legítimamente esposada en pública y solemne profesión con Jesucristo Omnipotente Hijo de Dios, y mi señor y esposo. Y así firmé con inmenso gozo de mi alma, los cuatro votos religiosos de pobreza…*”

“Primero el voto de obediencia”, interrumpe la monja en voz bajísima.

“¡No, el de pobreza!”, el Confesor discute susurrante.

“La obediencia ha sido mi martirio”, replica la monja en voz mínima.

El confesor ordena con ira santa, “Decid ¡Pobreza!”

“Pobreza”, repite la monja como en un eco.

“Castidad”, apunta demandante el sacerdote.

La voz de la monja campanea esa virtud en mayor volumen.

“Obediencia”, dicta el celebrante con el dedo índice levantado.

Repite la monja el nombre de su martirio a pleno pulmón.

“Y clausura”, cierra el celebrante el conteo de los votos.

sor Juana repite su voto predilecto en sus veinticinco años de vida religiosa. A continuación, el adusto sacerdote recita las siguientes palabras leyéndolas de un librito del que es autor:

> *Que vuestro cuerpo sea enterrado vivo en las cuatro paredes del convento, de donde, ni por imaginación salga paso. Que todos vuestros sentidos sean con vuestro cuerpo enterrados. Que vuestros ojos no se levanten de la tierra en público, ni se bajen del cielo.*[45]

## XVIII

Dorothy ve que con cada pronunciamiento de voto de la monja, el espacio en que está es reducido de tamaño y que el techo y el piso se han aproximado. Siente la falta del aire, ella que sufre de claustrofobia. Frente a sus ojos atónitos, los objetos se derriten para convertirse en coloridos aceites que forman grafías tornadizas. Donde estaba el altar del templo, ahora está la angosta puerta que comunica con la cocina. Regresa la mirada a donde estaba su amiga y comprueba que sor Juana ha desaparecido, y en su lugar está un viejo sillón. Va hasta la puerta de su apartamento, la abre y constata que fuera comunica a un largo pasillo y a una oscura escalera y no a un hermoso templo barroco. Ubica que está en su apartamento y que en un extremo de la salita permanece la caja mortuoria en donde reposan los restos de Emily.

Dorothy no puede hilar ni un pensamiento porque sigue escuchando una voz que retumba solemne a pesar de que es emitida desde dentro de ella misma:

> *Jesús, María y José. Yo, Juana Inés de la Cruz, monja profesa de este convento de San Jerónimo de México, protesto que creo en Dios todo poderoso, tres personas distintas y un sólo Dios verdadero, y creo que encarnó y se hizo hombre el Verbo para redimirnos, con*

*todo lo demás que cree y confiesa la Santa Madre Iglesia Católica, cuya hija obediente soy, y como tal quiero y protesto vivir y morir en esta fe y creencia, y que se entienda que no es mi voluntad hacer, decir, ni creer cosa en contra de esta verdad, por lo cual estoy pronta a dar mil vidas que tuviera y a derramar toda la sangre que hay en mis venas, y así como escribo con ella estos renglones, así deseo que toda se derrame, confesando la santa fe que profeso, creyendo con el corazón, y confesando con la boca esta verdad a todo trance y riesgo...*[46]

Por más que Dorothy intenta reconocer esa voz, no logra averiguar quien pudiera ser. Definitivamente no parece la voz de su querida amiga.

Entreverada con esa voz, Dorothy escucha su propia voz confortando a su amiga: "Juana Inés, no renuncies a tu poesía: Tus sesenta y nueve romances y catorce endechas; tus cincuenta y seis décimas, diez glosas, sesenta y seis sonetos; tus tres liras, dos silbas y un ovillejo…"

*…Protesto también que pido confesión de mis culpas, de las cuales me duelo sobre todo dolor, por ser ofensas de Dios, a quien amo sobre todas las cosas, sólo por ser quien es, en quien creo, a quien amo, a quien espero, que me ha de perdonar mis culpas por sola su*

*misericordia infinita y por la preciosísima sangre que por mí derramó, y por intercesión de mi Señora la Virgen María; todo lo cual ofrezco en satisfacción de mis culpas. Y así mismo, como monja profesa que soy renuevo la obligación de los cuatro votos religiosos y de nuevo hago voto de obediencia, pobreza, castidad y perpetua clausura, y reitero a Cristo, Señor y mi esposo, la palabra que le di de mi profesión de no admitir otro amor, sino sólo el suyo, y guardándole la lealtad de verdadera y fiel esposa, enmendando lo que hasta aquí he faltado y doliéndome infinito de lo mal que he obrado...*

La profesora está cierta que sus oídos han escuchado esa voz anteriormente, pero no atina a reconocerla porque le interfiere la letanía enunciada por su propia voz: "Juana Inés, no repudies tus obras dramáticas: Tres comedias y tres autos, veintidós villancicos y dieciocho loas. ¡Juana Inés, no reniegues de tus obras en prosa! El *Neptuno alegórico*, la *Carta Atenagórica* y la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, los *Ejercicios de la Purísima Concepción*, los *Ofrecimientos para el Santo Rosario* y la *Docta explicación del misterio de la Purísima Concepción*. No permitas que se extravíen aquellas obras que en vida tuya no llegaron a ser publicadas: *El equilibrio moral*, *Las súmulas* y el tratado musical *El caracol*, y tantas y tantas cartas que un día llegarán a perderse".

> *…Todo lo cual prometo en presencia de la Santísima Trinidad y de la Santísima Virgen mi señora, y de toda la corte del cielo a quienes pongo a cumplir con la gracia y el favor de Dios e intercesión de su madre santísima y quiero que estas obligaciones sean irrevocables por toda la eternidad, y así lo firmé el 8 de febrero de 1694.*

Coincidentes las voces femeninas terminan en un mismo santiamén. El silencio que sigue aclara la mente a Dorothy y aterrada comprende que las dos voces provenían de una misma garganta, se originaban en sus propias cuerdas bucales. Dorothy recapacita, *No hay escapatoria porque el destino ha sido trazado* inex*orablemente hasta la muerte.*

Por unos instantes, repara en la caja mortuoria de su hermana de sangre y nota que continúa abierta. De pronto descubre que está vacía. Aterrada busca por toda la estancia y descubre un cadáver sobre el tapete, está de bruces y con los brazos extendidos en forma de cruz. Se acerca hasta tocarlo y reconoces el cuerpo inerte de sor Juana.

La mente de la investigadora recuerda las palabras con que un clérigo contemporáneo de sor Juana narra esa muerte: *Al lado del lecho de muerte de una pobre mujer, a quien momentos antes ella había ayudado a preparar para bien morir, la madre Juana expiró.*[47] Comprende que sus músculos no podrán con el peso,

pero aún así, la profesora se inclina y rodea con sus brazos el cuerpo exánime de la monja, queda sorprendida al comprobar que con un mínimo esfuerzo ha podido levantarlo.

A pesar del silencio, los oídos de Dorothy escuchan el arco iris armónico de un réquiem catedralicio. Con facilidad coloca el cadáver en el ataúd. Sin dilación atornilla los cerrajes que lo clausurarán para siempre.

## XIX

Por horas había estado Dorothy deambulando a lo largo y a lo ancho de su minúsculo apartamento. Varias veces se sintió exhausta y reposó por un rato en su mecedora; para luego pintar con sus pasos un sendero sin arribo. Todo ha sido silencio, excepto por el taconeo de sus pisadas sobre el piso de madera cuando merodeaba rincones, o por la cadencia del ir y volver del balancín cuando se arrellanaba en su mecedora enfrente de la otra mecedora que permanecía estática.

Un objeto tirado en el suelo la volvió a la realidad: una tasa verde sin oreja y un plato roto. Dorothy levantó la vista y con sorpresa percibió una caja mortuoria que no recordaba haber visto antes. Poco a poco comprendió que todo ese día había transcurrido velando a su hermana de sangre en silencio, aunque sin encender velas por temor a quedarse dormida y provocar un incendio. Vio que la puerta del apartamento estaba abierta, se irguió y fue a cerrarla.

Todo lo muerto parecía vivificado y lo imaginable se había borrado de su memoria. En ese instante tuvo la certeza de que el memorial del endulzamiento había terminado, pero que sus querellas habrían de seguir.

“Si en vida nunca tuvimos necesidad de comunicarnos, ahora ¿ya para qué?”, dijo la profesora en voz alta y ella misma se sorprendió de que su voz alcanzó resonancias inalcanzables en esa pequeña sala.

Sintió pavor al presentir que regresaban los fantasmas de la doctora Schons. La puerta del apartamento se abrió con estrépito y por ella ingresaron las sombras de dos hombres. Empavorecida la maestra reconoció el falso tupé y voluminoso cuerpo del doctor Swanson y el esqueleto encarnado del doctor García Varela. Aún antes de verlos, la maestra percibió su maléfica presencia; deseó haber huido antes. Una voz masculina que no admite desobediencia paralizó el instante:

“Dra. Schons, la comisión de evaluación de la universidad ha rechazado nuevamente su petición de profesora permanente”, dijo el doctor Swanson sin que su voz permeara emoción alguna.

“Nada pudimos hacer”, secundó mustio el doctor García Varella.

“Pero mis publicaciones son más numerosas que las de mis colegas y mis investigaciones son apreciadas por varios intelectuales de México y, además, asistí a un congreso en Cuba”, defendió una voz dentro de la garganta de Dorothy.

“Si hubierais invertido todo ese tiempo en un autor español, digamos a Cervantes o Lope de Vega, y no a esa monja de

Méjico, ya tendríais el puesto permanente, pero nunca hicisteis caso”, cerró la frase el académico norteamericano con innecesario ceceo castellano.

“Yo nuevamente formé parte de la comisión de revisión de su caso y voté a vuestro favor, pero el apartamento de ciencias y el de artes votaron en vuestra contra”, excusó el ibero mientras acariciaba el dorso de su mano derecha con su palma izquierda.

“¿Y qué saben ellos de literatura?”, señaló sarcástica la maestra.

“No podemos negar que son académicos”, defendió el doctor Swanson poniendo los cinco dedos regordetes sobre su abultado abdomen.

“Ni tampoco que en ese comité no hay ninguna mujer”.

Después de un incómodo instante, el doctor Swanson amenazó, “¡Yo os lo advertí muchas veces, pero nunca aceptasteis nuestros consejos!… Ahora nada hay por hacer. Los estatutos de la escuela graduada ordenan que si una persona es rechazada por el comité en tres ocasiones, el puesto temporal no es renovable”.

Se hizo nuevamente silencio.

“¿Habrá alguna forma de apelación?”, aventuró la maestra.

“Me temo que no”, dijo el doctor García Varella poniendo la mirada indulgente y las manos compasivamente juntas.

Un nuevo silencio que fue roto por el veredicto del doctor Swanson, “Doctora Schons, tiene que aceptar que está cesada”.

“¿En este mismo instante?”, vociferó Dorothy.

“Ahora no, sino al término del semestre”, concluyó el doctor Swanson con voz que pretendía ser magnánima, “porque en este verano tendremos otro profesor para ocupar su puesto”.

“¡Otro profesor! ¿Y por qué no otra profesora?”, Dorothy ironizó.

“Comprenderá que la experiencia de tener una mujer laborando en el departamento de lenguas modernas no ha sido del todo beneficiosa”, dijo defensivo el jefe de departamento mientras acariciaba su patilla trespeleque.

“¿Insinúa que a un hombre le hubieran dado la plaza?”

“¡Quiero que quede claro que la afirmación es vuestra, no mía!”

Por primera vez Dorothy se sintió vieja y no contestó. El escuálido colega concluyó con ceceante amabilidad, “Doctora Schons, no todo está perdido. Aún puede lograr una plaza en una universidad pequeña, de esas que no exigen investigación”.

“¡Pero yo dediqué a esta universidad cuarenta años de mi vida!”, gritó Dorothy más para ella que para sus colegas.

“Ser académico, doctora Schons, no es cosa fácil. Que tenga un feliz fin de semana”, agregó el doctor Swanson en franca retirada.

“Medite en todo lo que os hemos dicho, doctora Schons, buena suerte”, terció el otro colega para no quedarse callado.

Los dos profesores caminaron hacia la puerta del departamento y el flacucho profesor abrió la puerta y ofreció el paso a su obeso superior con exagerado servilismo. Azorada Dorothy vio que la puerta de su apartamento comunicaba con uno de los pasillos de la Universidad de Texas.

Cuando quedó sola, Dorothy inició su protesta, “¡Con la universidad o sin ella, con su apoyo o sin él, sor Juana y yo vamos a seguir siendo amigas! Nada ni nadie nos va a separar… ¡Somos amigas de sangre y de médula! No somos colegas hipócritas que necesitamos esconder la falta de sabiduría con una máscara de erudición. ¡Que disfruten el fin de semana y algún día su tan soñada e inmerecida jubilación!”

## XX

Comprobó Dorothy que la puerta había quedado cerrada y, precavida, pasó el cerrojo. Miró su reloj de pulsera: las 5:00 de la tarde. Recordó que 22 minutos antes había visto la hora. *Veintidós, número mágico, como las letras del alfabeto hebreo… veintidós, como el número de las cosas que Dios hizo en los seis días de la creación*, paladeó mientras deambulaba hacia su esquina favorita, donde la esperaba un sillón verde de grandes descansabrazos; no se dirigió a su mecedora porque rehusaba ver más el féretro de su hermana. La vieja se desplomó sobre los cojines verdes y resopló aliviada.

Cuando iba a caer en otra de sus ensoñaciones diurnas, con el rabillo del ojo reparó en una doble presencia masculina frente al ataúd. Sin atreverse a mirar de frente a los intrusos, percibió que el sol vespertino que entraba por una de las ventanas proyectaba sobre el piso la sombra de una enorme cabeza con un gorro triangular y las manos agrandadas de otro hombre. Los intrusos estaban hincados y parecían orar frente al ataúd. Dorothy se envalentó y los miró retante: un obispo con una mitra en la cabeza y un hombre; tuvo que bajar los ojos al descubrir que esos intrusos tenían los mismos rostros de los odiados colegas que acababan de partir. Lloró con lágrimas de desespero mientras su memoria desgranaba las palabras de un poema de sor Juana: *En perseguirme, Mundo,*

*¿qué interesas? ¿En qué te ofendo, cuando sólo intento poner bellezas en mi entendimiento y no mi entendimiento en las bellezas? Yo no estimo tesoros ni riquezas y así, siempre me causa más contento poner riquezas en mi pensamiento que no mi pensamiento en las riquezas*.[48]

Dorothy abrió los ojos al escuchar una voz masculina que susurraba, "Juana Inés... Juana Inés..". No se atrevió a mirar de frente al hombre y, temerosa, balbuceó, "No soy Juana Inés".

La voz varonil insistió, "Juana Inés".

Dorothy tomó aire y negó con mayor reciedumbre, "¡No soy Juana Inés!"

La voz abaritonada prosiguió con sonoridad casi teatral: "Juana Inés de Asuaje y Ramírez de Santillana, ¿cómo no te voy a reconocer, si eres mi hija?"

Dorothy sintió pavor al darse cuenta que la sombra del hombre se le acercaba, "¿Qué quiere?", preguntaron sus cuerdas bucales sin que ella quisiera emitir el sonido.

Ése que se nombraba padre de sor Juana, musitó sin emoción, "Quiero que me perdones". La maestra vio una de sus manos y comprendió que ahora no eran tan escuálidas como las de su colega, y replicó envalentonada, "No tengo nada que perdonar".

Con violencia, el hombre agarró a Dorothy por la espalda, sujetándola por los brazos y tapándole con una mano los ojos, y dijo pausadamente, “¿Adivina quién soy?”

Dorothy luchó por zafarse, “¡Déjeme!”

“¿Dorothy, adivina quién soy?”

“No lo sé”.

“Tienes que reconocerme”.

“No sé”.

“¿Soy alguien que te quiso mucho?

“A mí nadie me ha querido mucho”.

“Yo te di la vida”.

“¡Suélteme, que no soy su hija!,” aunque luchaba no conseguía zafarse.

Como saeta el hombre vociferó. “¡Me llamo Peter y no toda la culpa fue mía!”

Mordió Dorothy el brazo del hombre y fue liberada con rudeza. “¡Perra desgraciada!, bramó la voz masculina. El rostro del hombre quedó frente a sus ojos y reconoció a su odiado colega de la universidad, pero en ese mismo instante las facciones del hom-

bre comenzaron a disolverse: su tez se aclaró y sus mejillas se encarnaron, brotáronle cejas, pestañas y barba de color rubio, y cuando terminó la metamorfosis, Dorothy evidenció que aquel rostro era el de su propio padre.

"¡No quiero encontrarme con mi padre porque no he aprendido a perdonar!", vociferó Dorothy.

El hombre proclamó mientras se acariciaba la mano mordida, "Me llamo Peter Schons y soy tu padre".

"¡No quiero verte!"

Dorothy giró su la cara para no ver a su padre y, por primeva vez, miró a la otra presencia: un anciano centagenario con el mismo atavío del otro arzobispo: palio, mitra, anillo y báculo, igual al que había ensoñado ella misma en el mundillo de sor Juana, aunque la vestimenta de éste iba en jirones. Al sentirse mirado, el intruso tomó vida y habló melosamente, "Juana Inés".

"Me llamo Dorothy".

"Vengo a salvar tu alma".

"sor Juana creía en el alma, pero yo no".

"Juana Inés, el demonio te puede hacer caer en tentación".

“Soy la doctora Dorothy Schons, profesora desempleada… Hoy puedo repetir las palabras de sor Juana: *Contra la corriente han navegado, o por mejor decir, han naufragado mis pobres estudios*”,[49] vociferó Dorothy y por primera vez retó a los hombres con ojos de bestia brava, “¡Ustedes no tienen poder dentro de mí!” Y escuchó que las dos voces masculinas salmodiaban al unísono, como en una misa negra, “Nosotros habitamos dentro de ti, somos tus fantasmas interiores”.

Dorothy escupió las palabras que siguieron, “Yo no tengo un teatro en mi conciencia”, y se turbó al escuchar el tonillo descorazonado de su voz.

“Tengo un regalo para ti”, dijo la figura del padre y le ofreció un envoltorio de tela blanca.

El arzobispo trató de impedirlo, “¡No lo aceptes! ¡Es un pecado gravísimo!”

“Es un regalo que únicamente yo te puedo dar”.

Dorothy escuchó su propia voz diciendo, “¡No lo puedo aceptar!”

“¡Míralo!”, demandó la voz paternal.

“¡No lo mires!” demandó el arzobispo.

El hombre joven agregó con voz seductora, “Fue mío”, y puso el regalo en las manos de la profesora, y agregó en u n arrebato, “Mira esta maravilla”. Al quitar el lienzo blanco, Dorothy vio el regalo y se turbó, “¡Una pistola!”

El padre agregó, “No hay truco alguno, este revólver va darte la paz”.

Dorothy paladeó la tentación, “¡Necesito tanta paz!”

“Es únicamente un instante y ¡puf!”

“¡No lo escuches!”, clamó el mitrado.

Dorothy repitió hipnotizada, “Solo un instante y… ¡puf!”

El arzobispo cayó de rodillas, juntó las manos en posición de oración y con desmedido dramatismo clamó, “¡Señor, perdónala porque no sabe lo que hace!”

“Hija, el último de tus instantes debe ser mío”.

“¿Tuyo… padre?”

“Aunque sea lo único que te dé en la vida”.

“¿Lo único?”

“Quiero resarcirte de tanto dolor”.

Mientras pensaba: *He vivido con tanto dolor*, Dorothy tomó el arma e introdujo su dedo índice en el gatillo.

“Será todo tan fácil”, dulcificó la voz paterna.

Dorothy decidió aceptar que esa sombra era su padre, y reiteró para sí: *Pedro fue el padre de Juana Inés y Pedro fue su abuelo, y con ese nombre fue bautizado mi padre*.

“¡Me has hecho tanta falta, padre mío!”, dijo penetrando en la última de sus ensoñaciones.

“Aquí estoy para acompañarte y conducirte a la felicidad”.

Dorothy iba sintiendo que esas palabras estaban impregnadas de cariño y que resarcían los muchos años de abandono.

“¿Dónde habita la felicidad?”

“En una muerte dulce”.

Dorothy apuntó con el revólver a su cabeza y balbuceó, “¿Tan dulce como la de sor Juana?”

La sombra paterna susurró entrañablemente, “Así como ella, te quedarás dormida para siempre”.

Dorothy escuchó su propia voz diciendo, “Quiero estar eternamente con ella”, y se colocó el revólver frente al corazón.

"Lo estarás", profetizó el padre.

Dorothy alcanzó a oír el inicio del bramido del arzobispo, "¡No lo hagas!" y con pericia haló el gatillo.[50] La bala alcanzó el músculo cardiaco y los tímpanos ya no escucharon la detonación…

La dulcísima voz de su amiga monja leyó en voz alta una plegaria mientras permanecía de pie al lado del sillón verde, sin que otra presencia viva estuviera en el espacio:

> *Yo te encomiendo, Dorothea Schons, al Dios Todopoderoso, que te había formado del lodo de la tierra, para que vuelvas a su Amor. Para que cuando tu alma salga del cuerpo, venga a recibirte la espléndida asamblea de los ángeles pensantes. Para que Dios se levante y sean dispersados tus enemigos y nunca más veas a los que te odian. Perezcan los pecadores a la vista de Dios, como se derrite la cera al calor del fuego. Y así, colocada entre los ejércitos de los bienaventurados, goces la dulzura de la contemplación divina por los siglos de los siglos.*[51]

## XXI

*Oficio de sepultura de la profesora Dorothea Schons siguiendo el oficio de entierro de la Orden de San Jerónimo de México, que la difunta hubiera querido.*

Que la severidad del túmulo que se ha formado para colocar el cuerpo difunto de Dorothea Schons, sea el que se debe a la pobreza académica. El sacerdote viste de amito, alba, cíngulo, estola y capa negra. Van en procesión la Cruz y los ciriales, y en llegando al lugar donde está el cuerpo difunto de la profesora, la cruz se pone en su cabecera y el Sacerdote a sus pies, y dice el oficiante:

"Oremos. A ti, Señor, encomendamos el alma de tu sierva Dorothea Schons, para que viva en ti, ya que la fragilidad de la humana condición cometió pecados: limpia por tu misericordiosísima piedad. Por Cristo Señor nuestro".

Todos respondemos: "Así sea".

En seguida, llevase el cuerpo por al antecoro y se van cantando los Kiries. La Antífona siguiente es cantada:

"Los ángeles te conduzcan al Paraíso de la sabiduría y a tu llegada te reciban las santas y los santos esclarecidos y te conduzcan a la ciudad sapiente de Jerusalén, el coro de los ánge-

les sutiles te reciba y también te recoja, Dorothea Schons, para que alcances la eterna paz y la omnisciencia".

En el ínter que se canta dicha Antífona, se trae el cuerpo del túmulo a la sepultura, y a un lado y se reza la oración siguiente:

"Te rogamos, Señor Dios nuestro, en favor del alma de tu sierva Dorothea Schons, con la intercesión de la beatísima madre de Dios siempre Virgen María, y de todos tus santos prudentes, y también de Santa Dorotea patrona de Prusia, Santa Inés mártir y Santa Juana Inés de la Cruz, a todos encomendamos el alma de tu sierva Dorothea Schons que ya ha muerto para el siglo, pero que viva para ti por tu misericordiosísima piedad. Por la inteligencia de Cristo Señor nuestro. Así sea".

Por último, el celebrante dice en voz baja: "Descanse Dorothea Schons en la infinita sabiduría de Dios", y todos cantamos: "Así sea".

Acabado esto, sale la Comunidad y, a la postre, el sacerdote irá diciendo en voz baja el salmo *De profundis*:

*Desde lo profundo grito a ti, Señor;*
*Señor, escucha mi voz, estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica.*
*Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?*
*Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto.*
*Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra.*

*Mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora.*

## XXII

Una carroza funeraria modelo Cunninham viajaba por el Boulevard Lammar Norte hasta virar con rodado lento en la esquina de la calle Saint Gabriel. Paró el vehículo frente a los apartamentos con el número 2312. El Sr. Frank Linden, dueño de la casa funeraria Cook, de la ciudad de Austin, en el condado Davis del Estado de Texas, abrió la portezuela y bajó de la carroza, mientras uno de sus empleados hacía lo mismo por la otra puerta. Era el lunes 1 de mayo de 1961.

Caminaron los dos hombres hacia la puerta del edificio y notaron que estaba abierta, como si alguien hubiera salido con descuido recientemente. Ingresaron a un estrecho corredor y subieron por la escalera al segundo piso, iban buscando el apartamento de la profesora Dorothy Schons con la finalidad de recoger los restos de Emily Schons para ser trasladados a Saint Paul, Minnesota, la ciudad donde nació y en donde sería inhumada.

El señor Linden intentó tocar en la puerta del apartamento enlistado en sus formularios; pero colocar los nudillos, los goznes cedieron y se abrió. Los hombres miraron el interior y vieron una sala amueblada con vejestorios y, al fondo, un féretro colocado bajo una ventana. Una hermosa lámpara de pie estaba encendida a pesar de que todavía no llegaba el atardecer.

“Profesora Schons”, dijo el señor Linden con voz sonora y no recibió respuesta.

Avanzaron los dos hombres varios pasos y notaron sobre el piso un plato roto y una tasa verde que mostraba el derrame de su último contenido. El refrigerador estaba abierto y el empleado de la funeraria se aprestó a cerrarlo, pero no dejó de notar los pocos alimentos que conservaban dentro.

“Profesora Dorothy Schons”, repitió con voz más estridente el señor Linden y observó los muchos libros que estaban tirados por el suelo, mientras que los libreros lucían vacíos. Recogió uno y leyó que la autora era la profesora Schons. Lo colocó en uno de los libreros vacíos.

El empleado reparó en dos mecedoras inmóviles que estaban colocadas frente a una pared y se acercó. Desde la distancia reparó en un sillón verde y una vieja dormida sobre uno de los descansabrazos.

“¡Señor Linden, mire!”

El dueño de la funeraria se aproximó al sillón y comprendió que la profesora se había quitado la vida con un disparo en la cabeza. El cuerpo aún permanecía tibio y tirada en el piso estaba el arma filicida. El reloj de pulsera de la profesora Schons marcaba las 5:10 de la tarde.

## XXIII

Sor Juana se sienta intempestivamente sobre su túmulo celestial. Hay en el entorno una calma que supera toda melodía barroca que anunciara esperanzadora el amanecer del más allá.

"Dorothea… Dorothea, ¿me escuchas?", sor Juana susurra con voz cantarina.

Dorotea despierta de su letargo y se estira somnolienta en su nube etérea. Ahora la profesora es tan joven como cuando viajó a la ciudad de México en los años veinte, y lleva puesto un abrigo con ribetes blancos y medias también blancas.

"¡Juana Inés!", exclama extasiada al reconocer a su amiga.

La monja con facilidad baja los pies y queda sentada sobre su parcela de blanquísimo nublo, mientras su habito jerónimo refulge tanto que el negro se presenta plata y el café, dorado, parecería que está sentada sobre un altar. Dorothea se regocija de volver a ver esa tez ni blanca ni morena, esos ojos inteligentes de mirar seguro, con cejas arqueadamente pobladas y esa sonrisa de cristal.

La monja profetiza dejando ver sus dientes blanquísimos, "Ahora nadie nos impedirá pensar".

"Ni estudiar", Dorothea apunta.

“Ni escribir”.

“Ni menos investigar”, agrega la eterna profesora.

“¿Para qué quieres investigar?”, pregunta la amiga, “si ahora lo sabemos todo”.

“Pero *ellos* aún no comprenden la aventura de las mujeres hazañeras”,[52] y como niña juguetona, Dorothea cguiña un ojo.

Radiante sor Juana exclama, “Y decían que sólo a mí me estorbaban los libros para salvarme”.[53]

Dorothea deja el tono bromista y agrega, “Han pasado tres siglos y *ellos* todavía no nos aceptan”.

Sor Juana recuerda sus argumentaciones, “¿Qué no tenemos alma racional como los hombres?”, exclama parodiándose a sí misma.

“Seguimos siendo perseguidas”, Dorothea señala.

“Los más nocivos y sensibles para mí fueron los que amándome mucho con Dios por la buena intención, me mortificaron”.[54]

Sor Juana baja de su catafalco celestial y se aproxima cariñosamente a Dorothea, quien se incorpora y dice, “Juana Inés, quiero pedirte otra *Protesta de fe*, en donde prometas que ni ahora

ni nunca vas a dejar de luchar por la justa valoración de las mujeres pensantes".

"¡Lo juro!", promete juguetona ahora sor Juana.

Dorothea aclara socarrona, "Ahora, cuando dicen 'el hombre,' en forma genérica, ya somos incluidas las mujeres, y llegará el día en que incluiremos a los hombres, cuando digamos simplemente 'la mujer'".

Sor Juana ríe con una límpida carcajada, "¿Ya no tiene la mujer que fingir que es feliz?"

"¡Casi, casi! Tenemos que unir las mujeres de ayer con las de hoy y con las del mañana, para luchar juntas por el derecho de la mujer a pensar. Es la liberación femenina", afirma contundente la que fue profesora.

"Yo no necesité de eso para sentirme libre", puntualiza vivificada la que fue monja.

Se hace un silencio pleno de ternura y las dos mujeres se miran compasivas. La voz juvenil de Dorothea dice: "Ahora que compartimos nimbo celestial, vamos a conocernos mejor. Recita aquel poema que encontraron inconcluso en tu celda, el día de tu muerte".

Sor Juana sonríe y el horizonte celestial se ilumina, *No soy la que pensáis…*

Dorothea agrega, “Tampoco yo fui la que todos pensaron…”

*Sino es que allá me habéis dado otro ser en vuestras plumas y otro aliento en vuestros labios…*

Dorothea continúa, “A mí también me han dado otro ser y otros empeños…”

Prosigue su amiga, *Y diversa de mí misma, entre vuestras plumas ando…*

Dorothea interrumpe, “Yo también andaré entre algunas plumas”.

Cierra la voz dulce de la amiga. *No como soy, sino como quisisteis imaginarlo*.[55]

Por fin Dorothea sonríe con una sonrisa tan feliz como la de su amiga, “Yo fui diferente de como allá abajo me van a recordar”.

Sor Juana abraza a su amiga, “¡Por fin unidas para siempre!”

“¡Por fin, hermanas!”

Las dos mujeres pensantes se unen en un abrazo más allá de la muerte y más acá de la Vida…

… La bala alcanzó la masa encefálica y los tímpanos ya no escucharon la detonación. La mano inerte abandonó el revólver y ése se deslizó hacia el piso y golpeó, pero nadie había que escuchara ese último sonido.

*Ex Libris*

*¡No hay mejor fragata que un libro*
*para transportarnos a lejanas tierras!*

Con la firma autógrafa de D. Schons

# ACTA DE DEFUNCIÓN DE DOROTHY SCHONS

## *Textos originales de Dorothy Schons. Bibliografía fragmentaria*

### *Some Bibliographical Notes on sor Juana Inés de la Cruz, University of Texas Bulletin, 8 de julio de 1925.*

Después de más de dos siglos, sor Juana Inés de la Cruz permanece aún como un misterio *inex*plorado. Mucho se ha escrito sobre esta mujer mexicana que conmovió dos continentes con su notable personalidad y que cultivó amistad con la gente más esclarecida y más poderosa de su época. Sin embargo, a pesar del hecho de que tanto se ha escrito acerca de ella, especialmente durante los últimos cincuenta años, jamás se la hizo objeto de un estudio profundo. Una breve reseña histórica de los que se ha realizado en ese sentido podrá, quizá, ser de utilidad…

Los escritores generalmente han supuesto que los villancicos, los Ofrecimientos, la Crisis de un Sermón y el Neptuno Alegórico fue lo único que ella publicó en México. No se ha hecho todavía ningún estudio de los que ella publicó allí…

Durante la juventud de sor Juana, México disfrutó de un período de gran actividad literaria. Un grupo considerable de poetas floreció durante los años de 1660 y 1670. Eran estimulados por Virreyes como el Marqués de Mancera, que lo fue de 1664 a 1673, y Fray Payo Enríquez de Rivera, Arzobispo de México y Virrey de

1673 a 1680. Los *certámenes*, apadrinados por la Universidad de México, tuvieron siempre su apoyo y simpatía. Un estudio de las obras de ese período revela los nombre de ciertos poetas prominentes (por virtud de la cantidad, sino de la calidad) sin quienes no estaba completo ningún certamen u otro evento…

*Carta abierta al señor Alfonso Junco*, 1934.

En cuestión tan reñida de la gracia suficiente de los agustinos y la gracia eficaz de los jesuitas, sor Juana opta por la gracia suficiente. Declara que daña lo que falta (la gracia) y lo que sobra (la gracia eficaz): es decir, que basta con la gracia suficiente. Desde este punto de vista sor Juana es el Port-Royal de la Nueva España —o pudiera haber llegado a serlo…

*Expediente sobre los acreedores al espolio de don Francisco de Aguiar y Seijas, Arzobispo de México. Hallazgo documental, Archivo de Indias, Sevilla, España.*

Lo otro en cuanto a la pretensión del convento de religiosas de San Jerónimo en que piden las cantidades de pesos que dicho muy reverendo arzobispo cobró de los tocantes a la madre Juana Inés de la Cruz, difunta religiosa que fue de dicho convento, como

quiera que consta que tenía dicha religiosa en poder del capitán don domingo de la Rea, del orden de Santiago, dos cantidades, una de mil y seiscientos pesos, y otra de dos mil pesos, los cuales constaba por vales de dicho capitán que entregaron en poder de vuestro muy reverendo arzobispo, en cuya virtud los cobró por mano de José Rubio, su secretario, y volvieron los dos vales de dicho capitán, como consta del libro de caja suyo, de que se sacó testimonio a la letra por el teniente de escribano de cámara con citación de las partes, como consta de la escritura a hoja 178, y aunque la dicha cantidad de dos mil pesos estaba en cabeza de doña María de Cuadros, ésta declaró tocarle a la dicha Madre Juana Inés de la Cruz, como consta de la escritura a hoja 115 y 116, uno de ochocientos pesos cuyas firmas de vuestro muy reverendo arzobispo están reconocidas por los maestros nombrados a hoja 216 y 217, así mismo tocantes a dicha Madre Juana Inés de la Cruz: que también consiento que se pague uno y otra cantidad a dicho convento por ser pertenecientes a él, pues es conforma a derecho que los bienes de las religiosas toquen al monasterio. Así mismo pide dicho convento cuatrocientos noventa y seis pesos y seis tomines que su mayordomo había cobrado de bienes de don García de León Castillo, prebendado de esta santa iglesia, por haberlos quedado debiendo del arrendamiento de una casa pertenecien¬te a dicho convento, y consta por testimonio que esta hoja 180 dado por el notario público de testamentos, que se los hicieron volver a dicho mayordomo y entraron en poder de dicho vuestro muy reverendo arzobispo, y no habiendo razón para que dicho

convento pierda dicha cantidad consiento se le paguen dichas cantidades, que todas montan cinco mil setecientos sesenta y ocho pesos y seis granos…

> *Sor Juana, A Chronique of Old Mexico,* fragmento de novela inédita.

Después de cruzar el canal, uno llega a las torres y las almenas de San Jerónimo. El convento era una pila de ladrillos sin ninguna ostentación que cubre la cuadra urbana. Una larga pared amurallada lo rodea, una pared sin adorno a excepción de un cilindro ocasional o apertura ojival arriba del nivel de la calle. Aquí y allá una apertura rectangular con la grata entrada de una luz dentro de la penumbra de una celda. Azoteas extensas en niveles superiores e inferiores, agrupados alrededor de un cúpula en forma de tasa aplanada, daba a las hermanas el acceso desde el mundo exterior, solamente para una vista lejana de los fuegos artificiales y luces coloreadas en la plaza en fiestas ocasionales. En la esquina noreste una torre cuadrada con dos enjambres de campanas le daba una vista dominante de la ciudad en todas direcciones. En un día claro el Popocatépetl podría ser vistos desde los arcos del lado este.

En el interior era tan pardusco como el exterior. Las paredes estaban desnudas, pero por aquí y por allá una calavera con sus huesos en cruz y abajo la leyenda: “Yo era lo que tú eres, / tú serás lo que yo soy”.

Aunque San Jerónimo era uno de los conventos más pobres de la ciudad, albergaba cerca de ochenta monjas, además de las hermanas legas y las sirvientas. Sus ocupantes eran descendientes de conquistadores y exploradores. Era a menudo imposible conseguir matrimonios convenientes para las hijas criollas de esta tierra, así que iban al convento. Algunas venían de padres versados en las artes, leyes o medicina. Algunas venían de padres que jugaban una parte prominente en la vida de la ciudad, como profesores en la universidad, jueces en la audiencia, o como médicos asesores de la corte. Los dones intelectuales de los padres, sin embargo, no era una regla reconocida sobre las hijas si se juzga por las firmas del Libro de Votos.

Juana encontró compañía entre las monjas jóvenes del convento, Juana de San José, María de San Simón y otras que tomaron el velo ese año. La mayoría de las monjas era muy viejas y sosegadas, monjas que habían tomados sus votos en los primeros años de la centuria. Allí estaba la madre Catarina, quien estaba todavía desmoronándose después de sesenta y un años de vida de claustro. Allí estaba Juana de San Agustín, quien había servido casi tanto tiempo. Estaba Ana de Cristo, quien había visto monjas ir y venir en el servicio de San Jerónimo.

A Juana le gustaban las monjas de San Jerónimo. Eran amistosas y accesibles. Eran su propia gente. Y no tomaban la vida tan en serio. Reían y parloteaban en sus celdas, jugaban y cantaban. También oraban, pero no cada minuto. Ocasionalmente había

un festejo y algunas veces hasta las monjas tomaban parte en él. Música, baile y alegría; sí así era la vida. Juana era feliz otra vez…

*Dorothea Schons, Requiescat in pace.*

## *Fama póstuma de Dorothy Schons*

> *Octavio Paz,* Las trampas de la fe, *págs. 91 y 93, libro que incluye veinticinco citas sobre la Dra. Schons.*

En 1926 Dorothy Schons decía: "La biografía de sor Juana está todavía por escribirse". […] Una mujer sensible e inteligente, Dorothy Schons abrió el camino de la biografía crítica. Su investigación fue honda y proba. En 1926 publicó un ensayo en el que se examinan por primera vez con pertinencia los tres misterios de la vida de sor Juana: ¿por qué tomó el velo?, ¿cómo se llamaba realmente: Juana Ramírez o Juana de Asbaje?, ¿por qué, en plena madurez intelectual y rodeada de fama, renunció a las letras? Su respuesta a un doctrinario ultramontano es un ensayo memorable en el que muestra, sin lugar a dudas, que no fueron imaginarias sino bien reales las dificultades de sor Juana con el arzobispo Aguiar y Seijas y con algunos jesuitas (*Carta abierta al señor Alfonso Junco*, Austin 1934). Pedro Henríquez Ureña fue el autor de la primera biografía de sor Juana (1917) pero Dorothy Schons dio el paso definitivo con sus *Some Biographical Notes on sor Juana Inés de la Cruz* (Austin, 1925).

*Ermilo Abreu Gómez, sor Juana* Inés de la Cruz, Biografía y biblioteca. *México 1934, pp. vii y viii.*

Los trabajo bibliográficos acerca de sor Juana Inés de la Cruz, no están terminados: los autores que se ocupan de ellos nos los suelen ofrecer inconclusos o desfigurados. En realidad no se pueden señalar sino dos aportaciones serias, encaminadas a dar a conocer las fuentes de información y a esclarecer los problemas que ofrece la labor de la poetisa. Se deben a Pedro Henríquez Ureña y a Miss Dorothy Schons. El primero publicó en 1914 y después en 1917 las fichas bibliográficas de casi todas las ediciones —parciales o totales— de sor Juana. Miss Schons añadió a estas noticias nuevas investigaciones que reunió en 1925 y mejoró en 1927.

*Guillermo Schmidhuber de la Mora,* La secreta amistad de Juana y Dorotea. *Nota para la traducción inglesa de esta obra de teatro que comparte la trama con la presente novela.*

Conocer a Dorothy Schons ha sido una extraña aventura de mi espíritu. Tengo su foto, la que fue publicada en un artículo periodístico al final de los años veinte, durante una visita suya al claustro de sor Juana y a otros espacios donde vivió la monja. La foto está tomada junto al retrato que le hizo Miguel Cabrera. Se ve una muchacha campirana enfundada en un vestido que le queda grande

de cuerpo y de alma. Sus piernas regordetas de doncella apuntan a una futura mujer obesa. Resulta una ironía ver a sor Juana junto a Dorothy: La mexicana imponente, Dorothy aparentemente pusilánime; aquélla una mujer hermosa, la otra desagraciada; la una grandiosa, la otra pequeñuela.

Dorothy fue una maestra de la Universidad de Texas en Austin, en aquellos años en que una mujer no podía avanzar en la carrera académica sólo por el hecho de ser mujer, ni menos podía especializarse literariamente en la obra de otra mujer. Aún la literatura de Hispanoamérica no era descubierta, por lo que se consideraba *inex*istente. Con dificultad el castellano hacía tretas para avanzar en el gusto estudiantil para ser estudiado como una segunda lengua; corrían los años de hegemonía del francés y del alemán en gustos universitarios. Entre pitos y flautas, a Dorothy Schons nunca le otorgaron el *tenure* (permanencia), así es que al final de su vida dejó de laborar en la Universidad y quedó sin el apoyo económico y la dignidad académica de una jubilación.

Los estudios de Dorothy Schons no tuvieron gran eco en su vida. Pocos intelectuales de verdad reconocían por entonces a sor Juana, lo mismo en Estados Unidos que en México. Había demasiados odios liberales trasnochados para entender la obra literaria de una monja. Ése es el mérito de Dorothy. Fue la primera mujer del siglo XX que comprendió a sor Juana. La conoció, la investigó y, luego, la amó. Dorothy murió en la soledad y en el olvido en 1961, por su propia voluntad y utilizando una arma de

fuego. Sabemos que su hermana Emily había muerto pocos meses antes. Dorothy dejó inéditas varias de sus investigaciones, junto a una novela escrita en inglés sobre la vida de sor Juana. Sus papeles personales se conservan milagrosamente en la biblioteca Benson de la Universidad de Texas.

He podido investigar ese fondo bibliográfico, donde se guardan sus fichas de investigación escritas de puño y letra, sus apuntes manuscritos y mecanografiados, su novela inédita y varios documentos valiosísimos para el análisis de la obra de sor Juana. Además allí se guarda un tesoro: *El libro de profesiones del Convento de San Jerónimo*, en donde se encuentra una ratificación de profesión de sor Juana firmada con su sangre, y una súplica autógrafa para que se anotara el día de su muerte en dicho folio.

Al escribir la novela *Finjamos que soy feliz* y la obra de teatro *La secreta amistad de Juana y Dorotea* intenté recuperar las vidas paralelas de dos mujeres que privilegiaron su labor intelectual sobre cualquiera de sus facultades. Mi intención fue hacer un homenaje a la mujer pensante, mediante el análisis narrativo y dramatúrgico de dos vidas que sufrieron asedios por haber escogido el camino de la sabiduría. Paralelamente al proceso de concebir estas obras, mis investigaciones sobre sor Juana me guiaron a Filadelfia, en donde localicé *La segunda Celestina*; una comedia que dejó inconclusa a su muerte Agustín de Salazar y Torres, y que sor Juana concluyó con más de mil líneas de su creación. Esta comedia ya lleva tres ediciones modernas con los nombres de sus auto-

res. Octavio Paz escribió el prólogo para la edición de *Vuelta* y antes de su muerte incluyó este texto en sus *Obras Completas*.

En 1992 tuve la suerte de localizar otro texto perdido de sor Juana: *Protesta de la Fe y renovación de votos*. Había sido incluido en un devocionario titulado *Testamento místico* (México, 1707), cuyo autor fue Antonio Núñez de Miranda, el terrorífico confesor de la monja, hoy se conserva en la biblioteca de la *Hispanic Society of América* de Nueva York. Tanto la *Protesta de la fe* como *La segunda Celestina* son nombradas en el presente libro.

Octavio Paz escribió que las trampas que le puso la fe convirtieron a sor Juana en una "mujer aterrada"; mientras que Dorothy Schons lo explica como una toma de conciencia del mundo social que le rodeaba, este autodescubrimiento lo podríamos calificar de las trampas de la sabiduría, que la convirtieron en una mujer iluminada. Otra explicación pudiera partir de las demandas que le fueron impuestas por sus superiores y que hoy nos parecen *inex*igibles, lo que califico de las trampas de la obediencia en un camino ascético impuesto bajo la obligatoriedad de un voto, compromiso que la convirtió en una mujer sometida a la autoridad moral. Esta decisión no conllevó la destrucción interior de sor Juana, no sólo porque había en ella reciedumbre en espera de tiempos mejores.

La *ines*perada muerte de sor Juana, el 17 de abril de 1695, fue debida a un contagio epidémico mientras cuidaba a sus herma-

nas en religión. Así le fue otorgado su deseo expreso de "vivir y morir en esta fe" y de "dar mil vidas que tuviera y a derramar toda la sangre que hay en mis venas2, como lo escribió en la *Protesta de la fe* recientemente descubierta, y lo que fuera una fórmula retórica para lograr la virtud llegó a ser *inex*plicablemente su destino. Tanto el final de sor Juana, como el de Dorotea siguen siendo *ines*crutables como consecuencia de que ninguna dejó un escrito aclaratorio. Los contemporáneos de ambas mujeres prefirieron aceptar sin mayor indagación las razonadas sinrazones: unos admitiendo la mayor santificación de una monja, y otros afirmando la imposibilidad de que una mujer pudiera ser académica.[56]

*Alessandra Luiselli, "Relaciones peligrosas: Virginia Woolf a Dorothy Schons y sor Juana, en "Representaciones modernas de sor Juana Inés de la Cruz". Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Artes:* Cuadernos de música, artes visuales y artes escénicas, *vol 4, n. 1–2, octubre 2008–septiembre 2009, pp. 154–176.*

La obra del dramaturgo mexicano Guillermo Schmidhuber, *La secreta amistad de Juana y Dorotea* […] posee una estructura de siete actos y sus personajes protagónicos son la propia sor Juana Inés de la Cruz y la notable estudiosa sorjuanina de nacionalidad estadounidense, Dorothy Schons (1898–1961), quien por décadas enseñó en el Departamento de Español de la Universidad de Texas

en Austin. No ha habido estudioso alguno de la vida de la religiosa jerónima que no reconozca la enorme deuda existente respecto a los precursores estudios de Schons, los cuales empezaron a ser publicados en la segunda década del siglo veinte. Al presentar ante su audiencia la trágica muerte de la catedrática, Schmidhuber rescata no sólo una biografía fundacional en el campo de los estudios sorjuaninos sino que traza también una interrogante sobre la debatida muerte de sor Juana: el suicidio. El personaje que une las extemporáneas vidas de la monja del virreinato mexicano y la crítica estadounidense del siglo veinte es el personaje de la propia hermana de Schons, Emily, ante cuyo féretro Dorothy (Dorotea en la obra) llora, para invocar luego el amparo de sor Juana Inés de la Cruz. Ésta aparece en escena, respondiendo así a la invocación de Schons, mediante un eficaz recurso teatral: del túmulo donde yace la hermana muerta surge la monja jerónima. Efecto dramático que resalta la importancia del plano escénico respecto al textual. Lo que el drama presenta al espectadores el asedio que vivió Schons al ser profesora en Austin y encontrarse rodeada de académicos de género masculino que desaprobaban, con injustificable soberbia, el interés que la estudiosa mostraba hacia una monja mexicana a la cual no dudaban en descalificar. El drama presenta también el acoso que la propia sor Juana vivió en sus días.

*Nota del autor:* En la Biblioteca Benson de la Universidad de Texas en Austin está depositado el archivo privado de Dorothy Schons, bajo en membrete de *Miscelanous*. Incluye la correspondencia con Ermilo Abreu Gómez, Julio Torri, Artemio del Valle Arispe, Manuel Borja, José de Jesús Núñez y Domínguez y Gonzalo Obregón. La Academia Mexicana correspondiente de la Academia Española le otorgó un diploma a "Dorothea Schons" el 8 de mayo de 1939, con la firma del presidente Federico Gamboa. Allí también se guarda el *Libro de profesiones del convento de San Jerónimo*, que fue propiedad de la profesora Schons. Este libro fue publicado por mí en forma facsimilar con el título: *De Juana Inés de Asuaje a sor Juana Inés de la Cruz. El libro de profesiones del convento de San Jerónimo de México* (México: Instituto Mexiquense de Cultural, 2013).

## *NOTAS*

[1] Dorothy Schons, *Apuntes y documentos nuevos para la biografía de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, Tesis/disertación. Chicago, Illinois: Selbstverl, 1929. Para un artículo en inglés ver, *The Mexican background of Alarcón*, PMLA 57 1942, pp. 69-104.

[2] Dedicación de la ermita y *Loa* de la pluma del bachiller y presbítero Antonio Medina Solís, mencionado por Antonio de Robles, el 2 de febrero de 1667 (*Documentos* vol. 2, p.36).

[3] Los diálogos de don Félix Fernández de Córdova que llevan comillas son citados como ciertos por un crítico norteamericano del siglo XIX, Harold Dijon, y sacados de un diario antiguo que se conserva en la Biblioteca Nacional de México, hoy extraviado. En este escrito el joven novohispano menciona su relación amistosa con Juana Inés, en el tiempo en que ésta vivió en el palacio virreinal.

[4] Alejandro Soriano Vallès, en su libro *sor Juana Inés de la Cruz Doncella del Verbo* (Edición Garabatos, 2011), incluye la transcripción paleográfica del documento notarial *Memorial y licencia para llevar a cabo el orden del hábito de bendición*, documento que afirma que la fecha del ingreso de Juana Inés al convento como novicia fue el 8 de febrero de 1668. Este documento fue localizado en el Archivo General de Notarias de la ciudad de México, Fondo Antiguo, Escribano Real José de Anaya, número 6, vol. 13, año 1667, fojas 20-22. Hizo su profesión religiosa el 24 de febrero de 1669, como lo confirma su testimonio escrito en el *Libro de las profesiones*.

[5] La ceremonia sigue lo dispuesto en *Orden de bendecir el velo y dar la profesión a las monjas de la regla de la Concepción y San Gerónimo desta ciudad* (México: *circa* 1650).

[6] *Prudentes Virgines aptate vestras lampades ecce sponsus venit exite oviam oi*. En el original: vírgenes prudentes.

[7] Sor Juana Inés de la Cruz (en adelante SJIC), *Obras completas*, vol. IV, p. 522.

[8] Los tres diálogos que siguen y que van con comillas son incluidos en *Cartilla de la doctrina religiosa... para niñas que se crían para monjas, y desean serlo con toda perfección* (México, 1708, p. 45), su autor fue el confesor de sor Juana, padre Antonio Núñez de Miranda.

[9] A. Núñez de Miranda, *Cartilla de la doctrina religiosa*, p. 46.

[10] Las tres comedias de sor Juana fueron representadas públicamente durante su vida, lo que según este texto del confesor de la monja fue causa de pecado mortal: *La gran comedia de La segunda Celestina* se representó en 1679 (María y Campos) y en España en 1696 (Varey y Shergold); *Los empeños de una casa*, el 4 de octubre de 1683 (Alberto G. Salceda), y *Amor es más laberinto*, el 11 de enero de 1689 (Alfonso Méndez Plancarte).

[11] A. Núñez de Miranda, *Cartilla de la doctrina religiosa*, p. 82.

[12] Para ésta y las cuatro citas siguientes ver A. Núñez de Miranda, *Testamento místico*, s. p.

[13] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 452.

[14] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 447.

[15] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 453.

[16] Esta cita y las dos siguientes son de A. Núñez de Miranda, *Testamento místico*, s. p.

[17] *Carta de sor Juana Inés de la Cruz a su confesor. Autodefensa espiritual*. Editor Pbro. Aureliano Tapia Méndez. Monterrey 1986. Esta cita y las seis siguientes en las líneas 136, 140 141, 143, 144, 178 y 179.

[18] *Carta de sor Juana Inés de la Cruz a su confesor*, líneas 178 y 179.

[19] En este capítulo hay seis citas textuales de *Carta de sor Juana Inés de la Cruz a su confesor*.

[20] La fecha de escenificación de *Los empeños de una casa* fue fijada por Alberto G. Salceda el 4 de octubre de 1683, con base a la información incluida en la loa que antecede a esta comedia.

[21] Parlamento de doña Leonor en *Los empeños de una casa, en* SJIC, *Obras completas*, vol. IV, p. 38.

[22] Regla de San Agustín del Convento de San Jerónimo de Puebla.

[23] Dorothy Schons, "Some obscure points in the life of sor Juana Ines de la Cruz", Editorial: Chicago, 1926, p. 154.

[24] La profesora Schons asistió al Congreso de la Modern Language Association of America el 1º de enero de 1936 celebrado en Duke University, en Durham, y otro en la University of North Caroline, en Chapel Hill, el mismo año.

[25] Estos textos pertenecen a Irvine A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio mexicano del siglo XVII*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984. La traducción es de Juan José Utrilla, de la edición original en lengua inglesa de 1929.

[26] SJIC, *Obras completas*, Romance 36, vol. 1, p. 97.

[27] SJIC, *Neptuno alegórico*, *Obras completas*, vol. IV, p. 406.

[28] SJIC, *Obras completas*, vol. IV, pp. 180-81.

[29] *Carta de sor Juana Inés de la Cruz a su confesor. Autodefensa espiritual*. Editor Aureliano Tapia Méndez. Monterrey 1986, p. 21.

[30] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 444.

[31] *Carta de sor Juana a su confesor*, pp. 17 y 19.

[32] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea*, vol. IV, p. 471.

[33] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 444.

[34] Varios textos en traducción del autor del presente libro de la novela inédita e inconclusa de Dorothy Schons: *sor Juana, A Chronique of Old Mexico* (manuscrito mecanográfico en Benson Library, Universidad de Texas en Austin).

[35] El *Libro de Profesiones* del Convento de San Jerónimo fue adquirido por D. Schons en la ciudad de México. Después de su muerte, quedó localizado en la Biblioteca Benson, en Austin, Texas.

[36] Blas Pascal, *Memorial*.

[37] Dos citas del Soneto filosófico "Finjamos que soy feliz", de sor Juana; el mismo que inspiró el título y el epígrafe de esta novela.

[38] Dorothy Schons, "Some obscure points", p. 154.

[39] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.

[40] Comedia *Los empeños de una casa*.

[41] *Carta de sor Juana Inés de la Cruz a su confesor*, p. 15.

[42] SJIC, *Epigrama 95*, vol. 1, p. 230.

[43] La madre de sor Juana murió en 1688.

[44] En el *Libro de profesiones* del convento de San Jerónimo, que se conserva en la Biblioteca Benson de la Universidad de Texas, y que perteneció a Dorothy Schons, no se registra ninguna otra monja que firme con su sangre su profesión de la fe. Este libro registra las religiosas por más de un siglo, ver *De Juana Inés de Asuaje a sor Juana Inés de la Cruz. El libro de profesiones* (Toluca: Instituto Mexiquense de Cultural, 2013).

[45] A. Núñez de Miranda *Testamento místico*, 1707, s. p. Se incluye en *Segundo tomo de las obras de sor Juana Inés de la Cruz* (México: Frente de Afirmación Hispanista, 1995).

[46] Este texto titulado *Protesta de fe y renovación de votos religiosos* fue descubierto por G. Schmidhuber en 1993 y fue por primera vez publicado en un libro junto a los facsimilares del *Segundo volumen* de sor Juana y de *La segunda Celestina* (México: Frente de Afirmación Hispanista, 1995.)

[47] Texto perteneciente a la *Oración fúnebre* escrita por don Carlos de Sigüenza y Góngora con motivo de la muerte de sor Juana, y que hoy se ha perdido. En 1893 Harold Dijon recoge esta frase y afirma haberla leído en los Estados Unidos.

[48] SJIC, soneto 145, *Obras completas*, vol. I, p. 277.

[49] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 452.

[50] El certificado de defunción de la Dra. Dorothy Schons apunta que su suicidio fue a las 5 pm. en su departamento de la calle San Gabriel nº 2312, cercano a la Universidad, en Austin, condado de Travis, Texas, el 1 de mayo de 1961, con una pistola calibre 32. Su padre fue Peter Schons y su madre Dora Schmalz, de Saint Paul, Minnesota, Estados Unidos. Su entierro fue arreglado por Cook Funeral Home, de Travis, Texas. Agradezco a Alexandra Luiselli la localización de este certificado.

[51] Esta despedida es parte de una carta que Pedro Damiano, santo del siglo XI, escribió a cierto amigo suyo gravemente enfermo. El adjetivo *pensante* fue agregado por el autor.

[52] Expresión incluida en *La segunda Celestina*.

[53] SJIC, dos citas de la *Carta de sor Juana a su confesor*, p. 19.

[54] SJIC, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, vol. IV, p. 452.

[55] SJIC, Romance 51 "¿Cuándo, Númenes divinos…?", vol. I, p. 158.

[56] Guillermo Schmidhuber ha publicado *Dorothy Schons, la primera sorjuanista* (Argentina: Editorial Dunken, 2012).